

Terence McKenna

EL MANJAR DE LOS DIOSES

La búsqueda del árbol de la ciencia del bien y del mal.
Una historia de las plantas, las drogas y la evolución humana



PAIDÓS
CONTEXTOS

Material protegido por derechos de autor

Título original: *Food of the gods. The search for the original tree of Knowledge*

Publicado en inglés por Bantam Books, Nueva York

Traducción de Fernando Pardo Gella

Cubierta de Víctor Viano

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

- © 1992 by Terence McKenna
- © 1993 de todas las ediciones en castellano,
Ediciones Paidós Ibérica, S. A.,
Mariano Cubí, 92 - 08021 Barcelona
<http://www.paidos.com>

ISBN: 84-7509-967-X

Depósito legal: B-28.624/2003

Impreso en Gràfiques 92, S. A.,
Av. Can Sucarrats, 91 - 08191 Rubí (Barcelona)

Impreso en España - Printed in Spain

Sumario

Agradecimientos	13
Introducción	15
Una revaluación angustiosa	16
Una recuperación de lo arcaico	18
Un nuevo manifiesto	21
La herencia dominante	24

Primera parte **PARAÍSO**

1. Chamismo: el escenario	27
El chamanismo y la religión ordinaria	28
Un mundo hecho de lenguaje	31
Una dimensión más elevada de la realidad	32
Un meme chamánico	33
El chamanismo y el perdido mundo arcaico	35
2. La magia en la comida	39
Somos lo que comemos	41
Simbiosis	43
Un nuevo punto de vista sobre la evaluación humana	45
El auténtico eslabón perdido	49
Tres grandes pasos para el género humano	50
Una clara utilización de Lamarck	52
Gustos adquiridos	54
3. La búsqueda del Árbol original del Conocimiento	57
Los alucinógenos como auténtico eslabón perdido	58
Buscando el Árbol del Conocimiento	60
Eliminando candidatos	61
La planta primigenia	63
¿Qué son las plantas alucinógenas?	66
El Otro Trascendente	67
4. Plantas y primates: postales de la Edad de Piedra	69
La singularidad humana	71
La cognición humana	71
La transformación de los monos	73
La emergencia prehistórica de la imaginación humana	74
Plantas y comprensión	75

Catalizando la conciencia	78
La carne se hizo verbo	80
Las mujeres y el lenguaje	81
5. La costumbre como cultura y religión	83
Éxtasis	85
El chamanismo como catálisis social	87
Monoteísmo	88
El monoteísmo patológico	90
La sexualidad arcaica	90
La ibogaina entre los fang	91
Contrastes en política sexual	93
6. Los altiplanos del Edén	97
El altiplano de Tassili	98
La civilización Cabeza Redonda	100
¿El paraíso encontrado?	102
Una cultura del eslabón perdido	107
Génesis africana	110
Çatal Hüyük	110
La distinción decisiva	118
La mente vegetal	121
El holismo de Gaia	122

Segunda parte EL PARAÍSO PERDIDO

7. A la búsqueda del soma: el dorado enigma védico	125
La comunicación con la mente que hay en la naturaleza ...	126
¿Qué es el soma?	128
El haoma y Zoroastro	131
El haoma y la harmalina	132
La teoría de la amanita de Wasson	133
Objeciones a la falsa oronja (<i>Amanita muscaria</i>)	136
Wasson: sus contradicciones y otros candidatos fúngicos para el soma	138
<i>Peganum harmala</i> como el soma	141
El soma como dios varón lunar	142
El soma y el ganado	143
Las dudas de Wasson	144
Un argumento más plausible	145
Los indoeuropeos	146

8. Crepúsculo en el Edén: la Creta minoica y el misterio eleusino	149
El abandono del misterio	150
La caída de Çatal Hüyük y la época de la realeza	151
Fantasías del hongo minoico	152
El mito de Glauco	154
Miel y opio	155
La conexión Dionisos	157
El misterio de Eleusis	158
¿Un misterio psicodélico?	160
La teoría del cornezuelo del centeno	161
La teoría de la psilocibina de Graves	164
Una cuenca histórica	165
9. El alcohol y la alquimia del espíritu	167
Alcohol y miel	168
El vino y las mujeres	170
Drogas naturales y drogas sintéticas	171
La alquimia y el alcohol	173
El azote del alcohol	176
El alcohol y lo femenino	177
Los estereotipos sexuales y el alcohol	178
10. La balada de los tejedores de sueños: el <i>Cannabis</i> y la cultura	181
Hachís	182
Los escitas	183
India y China	184
El <i>Cannabis</i> como estilo cultural	185
El <i>Cannabis</i> clásico	187
El <i>Cannabis</i> y el lenguaje de la historia	188
La orientomanía y el <i>Cannabis</i> en Europa	189
El <i>Cannabis</i> y la América del siglo XIX	191
La evolución de las actitudes frente a las drogas	193
Fitz Hugh Ludlow	194
El <i>Cannabis</i> en el siglo XX	195

Tercera parte
INFIERNO

11. Placeres de tocador: azúcar, café, té, chocolate	199
La ampliación de nuestro gusto	200

La vida sin especias	201
El azúcar entra en escena	203
El azúcar como adición	205
El azúcar y la esclavitud	206
El azúcar y el estilo dominante	208
Las drogas de la gentileza	210
Café y té: nuevas alternativas al alcohol	211
La revolución del té	212
Ciclos de explotación	213
Café	214
Contra el café	215
Chocolate	217
12. El humo ciega tus ojos: opio y tabaco	219
Actitudes paradójicas	220
La introducción del acto de fumar en Europa	221
El antiguo señuelo del opio	222
El opio alquímico	226
Tabaco <i>redux</i>	226
Tabacos chamánicos	228
El tabaco como medicina de curandero	229
Contra el tabaco	231
El tabaco triunfante	231
Las guerras del opio	232
El opio y el estilo cultural: De Quincey	234
Los comienzos de la psicofarmacología	236
13. Los sintéticos: heroína, cocaína y televisión	239
Narcóticos duros	240
Cocaína: el horror de la blancura	241
Pro cocaína	244
La moderna histeria antidroga	246
Drogas y gobiernos	247
Las drogas y los servicios internacionales de inteligencia ...	249
Las drogas electrónicas	250
El persuasor oculto	251

Cuarta parte

¿EL PARAÍSO RECUPERADO?

14. Breve historia de los psicodélicos	257
Los alucinógenos del Nuevo Mundo	258

Ayahuasca	262
El padre de la psicofarmacología	263
Los placeres de la mescalina	264
Un moderno Renacimiento	266
Susurros de un hongo del Nuevo Mundo	268
La invención del LSD	268
La apertura de la caja de Pandora	270
El LSD y la década psicodélica de los años sesenta	271
Richard Schultes y las plantas alucinógenas	275
Leary en Harvard	276
Psilocibina: los psicodélicos de los años sesenta	277
Implicaciones psicodélicas	278
La conciencia pública del problema	279
15. La anticipación del paraíso arcaico	281
Las opciones del mundo real	281
El ejemplo de las triptaminas alucinógenas	283
¿Qué se siente?	284
Afrontar la respuesta	285
Una consideración sobre el pulpo	286
El arte y la revolución	287
La expansión de la conciencia	288
La guerra de la droga	290
El hiperespacio y la libertad humana	291
Lo nuevo	292
La experiencia DMT	292
El hiperespacio y la ley	296
Encuentros con una notable supermente	296
La recuperación de nuestros orígenes	300
La contribución fundamentalista	301
El tema de la legalización	302
Una modesta proposición	304
Epílogo: mirando dentro y fuera a un mar de estrellas	307
¿Quién sino nosotros? ¿Cuándo sino ahora?	308
Encontrando la salida	309
Desde las praderas a la nave espacial	309
Nosotros mismos aguardamos en el seno de la visión	310
Glosario	313
Bibliografía	319
Índice analítico	329

Agradecimientos

Quiero expresar mi gratitud a mis amigos y colegas por su paciencia y apoyo a la hora de escribir este libro, en especial a Ralph Abraham, Rupert Sheldrake, Ralph Metzner, Dennis McKenna, Chris Harrison, Neil Hassall, Dan Levy, Ernest Waugh, Richard Bird, Roy y Diane Tuckman, Faustin Bray y Brian Wallace y Marion y Allan Hunt-Badiner. Mi agradecimiento también a los corresponsales doctor Elizabeth Judd y Marc Lamoreaux, que me proporcionaron información muy útil. Cada uno de ellos ha realizado una contribución original a mi pensamiento, aunque soy responsable de las conclusiones.

Mi amigo y bibliotecario Michael Horowitz ha realizado una gran aportación a la obra. Ha leído y criticado detalladamente el manuscrito y ha puesto a mi disposición los archivos pictóricos de la Biblioteca Fitz Hugh Ludlow Memorial, lo que ha enriquecido en gran medida el aspecto visual de mi argumentación. Gracias, Michael.

Mi más sentido agradecimiento a Michael y Dulce Murphy, Steve y Anita Donovan, Nancy Lunney, Paul Herbert, Kathleen O'Shaughnessy y a todo el Instituto Esalen, por darme la oportunidad de ser becario residente en junio de los años 1989 y 1990. Partes del libro se escribieron en el curso de estas estancias. Gracias también a Lew y Jill

Carlino y Robert Chartoff, pacientes amigos que escucharon fragmentos del libro, quizá sin darse cuenta de ello.

Mi compañera Kat, Kathleen Harrison McKenna, ha compartido desde hace mucho mi pasión por el océano psicodélico y por las ideas en las que aquí me sumerjo. En nuestros viajes al Amazonas y a otros lugares ha sido el mejor de los compañeros, colega y musa.

Kat y mis dos hijos, Finn y Klea, me han soportado mientras escribía este libro, inmunes a mis cambios de humor y a los períodos de hibernación propios del escritor. A ellos mi más profundo amor y aprecio. Gracias por estar ahí, chicos.

Un agradecimiento muy especial para Leslie Meredith, mi editor en Bantam Books, y su colaboradora en las tareas de edición, Claudine Murphy. Su confianza infatigable en la importancia de estas ideas fue una fuente de inspiración a la hora de clarificar y ampliar mi pensamiento a nuevos campos. Mi agradecimiento se extiende también a mi agente, John Brockman, quien me condujo a través de la particular iniciación que sólo puede proporcionar el club de la realidad.

Finalmente, quiero reconocer mi gran deuda con la comunidad psicodélica, los cientos de personas con los que he tenido el privilegio de comunicarme a lo largo de una vida dedicada a la búsqueda de un mínimo atisbo del ángel del Pavo Real. Son nuestros chamanes, tanto antiguos como modernos, cuyos ojos han visto signos antes nunca vistos; son ellos los que han mostrado el camino y constituyen la fuente de mi inspiración.

Introducción

UN MANIFIESTO PARA UNA NUEVA CONSIDERACIÓN ACERCA DE LAS DROGAS

Un fantasma planea sobre la cultura planetaria: el fantasma de las drogas. La definición de la dignidad humana forjada por el Renacimiento y elaborada en los valores democráticos de las modernas civilizaciones occidentales parece estar a punto de desaparecer. Los principales medios de comunicación nos informan, de un modo estridente, de que la capacidad humana para el comportamiento obsesivo y la adicción ha celebrado unas bodas satánicas con la farmacología moderna, el *marketing* y los transportes de alta velocidad. Formas químicas antes poco conocidas compiten hoy en día libremente en un amplio mercado global sin regulación. Gobiernos y naciones enteras del Tercer Mundo están atrapados en la esclavitud de productos legales e ilegales que promueven comportamientos obsesivos.

La situación no es nueva, pero está empeorando. Hasta hace muy poco los cárteles internacionales de narcóticos eran la sumisa creación de gobiernos y agencias de inteligencia a la búsqueda de fuentes de dinero «negro» con el que financiar su propio estilo de comportamiento

obsesivo institucionalizado.¹ Hoy en día, estos cárteles de la droga han evolucionado, gracias al ascenso sin precedentes de la demanda de cocaína, hasta llegar a ser delincuentes incontrolados ante cuyo poder incluso sus creadores empiezan a sentirse preocupados.²

Estamos rodeados por el triste espectáculo de las «guerras de la droga», libradas por instituciones gubernamentales que normalmente están paralizadas por la letargia y la inoperancia, o están en clara complicidad con los cárteles internacionales de la droga, a los que públicamente se comprometen a destruir.

No podrá clarificarse de ningún modo esta situación de uso epidémico de las drogas hasta que no reconsideremos con detenimiento la situación presente y examinemos algunas viejas pautas, casi olvidadas, de la experiencia y el comportamiento relacionados con la droga. La importancia de una tarea de esta naturaleza no debe subestimarse. Es patente que la autoadministración de sustancias psicotrópicas, legales e ilegales, será, cada vez más, una parte del futuro despliegue de la cultura global.

UNA REVALUACIÓN ANGUSTIOSA

Cualquier reconsideración del uso que hacemos de las sustancias debe empezar con la noción de hábito, «una tendencia o práctica persistente». Familiares, repetitivos y en su mayor parte inadvertidos, los hábitos son sencillamente las cosas que hacemos. «El hombre —dice un antiguo proverbio— es un animal de costumbres.» La cultura es en su mayor parte una cuestión de hábito, aprendida de los padres y de aquellos que nos rodean, y posteriormente poco a poco modificada por las cambiantes condiciones y las innovaciones creadoras.

1. Véase Alfred W. McCoy, *The Politics of Heroin in Southeast Asia*, (Nueva York: Harper Colophon Books, 1972) quien en la pág. 16 observa:

Con la demanda de los consumidores blancos americanos (de heroína) reducida a su punto más bajo en cincuenta años y los sindicatos internacionales desordenados, el gobierno de EE.UU. tuvo una oportunidad única para eliminar la adicción a la heroína como problema social importante en América. Sin embargo, en lugar de dar el golpe de gracia a estos sindicatos criminales, el gobierno de EE.UU. —por medio de la Agencia central de Inteligencia y su predecesor en tiempos de guerra, la OSS— creó una situación que hizo posible para la mafia siciliano-americana y el submundo corso revivir el tráfico internacional de narcóticos.

2. Victor Marchetti y John D. Marks, *The CIA and the Cult of Intelligence* (Nueva York: Knopf, 1974), pág. 256. Véase también H. Kruger (1980) y A. W. McCoy (1972).

Pero, por lentas que parezcan estas modificaciones culturales, cuando se comparan con las de las especies y ecosistemas, más lentas que el avance de un glaciar, la cultura presenta un panorama de novedad continua y salvaje. Si la naturaleza representa un principio de economía, en ese caso la cultura debe seguramente ejemplarizar el principio de novedad mediante el exceso.

Cuando los hábitos nos consumen, cuando nuestra devoción hacia ellos excede las normas establecidas por la cultura, los catalogamos de obsesiones. En dichas situaciones tenemos la sensación de que la específica dimensión humana del libre albedrío ha sido de algún modo violada. Nos podemos obsesionar con casi todo: con un patrón de comportamiento, como el de leer el periódico por la mañana, o con los objetos materiales (el coleccionista), la tierra y la propiedad (el potentado constructor), o el poder sobre otros (el político).

Mientras muchos de nosotros podemos ser coleccionistas, pocos tenemos la oportunidad de consentirnos nuestras obsesiones hasta el grado de convertirnos en magnates de la construcción o políticos. Las obsesiones de las personas corrientes tienen la propensión a concentrarse en el aquí y ahora, en el reino de la gratificación instantánea mediante el sexo, la comida y las drogas. Una obsesión por los constituyentes químicos de la comida y las drogas (también conocidos como metabolitos) se etiqueta como adicción.

Las adicciones y las obsesiones son específicas de los seres humanos. Es cierto que existe un amplio anecdotario de evidencias que sostiene la existencia de una predilección por los estados de intoxicación en los elefantes, chimpancés y algunas mariposas.³ Pero, como ocurre cuando contrastamos las habilidades lingüísticas de los chimpancés y los delfines con el habla humana, observamos que estos comportamientos animales son considerablemente distintos de los humanos.

Hábito. Obsesión. Adicción. Estas palabras son signos en el camino de un libre albedrío que va en disminución. La negación del poder del libre albedrío está implícita en la noción de adicción, y en nuestra cultura las adicciones se toman muy en serio; en especial las adicciones exóticas o infrecuentes. En el siglo XIX el adicto al opio era el «demonio del opio», una descripción que rememora la idea de posesión demoníaca mediante una fuerza imposible de controlar. En el siglo XX, el adicto como persona poseída se vio reemplazado por la noción de la adicción como enfermedad, y, con la noción de la adicción como

3. Ronald K. Siegel, *Intoxication* (Nueva York: E. P. Dutton, 1989), pág. 119.

enfermedad, el papel del libre albedrío se reduce finalmente hasta la mínima expresión. Después de todo, no somos responsables de las enfermedades que podemos desarrollar o heredar.

Hoy en día, sin embargo, la dependencia química humana desempeña un papel más consciente que nunca en la formación y conservación de los valores culturales.

Desde mediados del siglo XIX, y cada vez con más rapidez y eficacia, la química orgánica ha puesto en manos de los investigadores, médicos, y por último de cada persona, una avalancha sin límites de drogas sintéticas. Estas drogas son más potentes, más efectivas, de más larga duración, y en algunos casos, mucho más adictivas que sus parientes naturales. (Una excepción es la cocaína, que, aun tratándose de un producto natural, al refinarse, concentrarse e inyectarse, es especialmente destructiva.)

El advenimiento de una cultura de información global ha conducido a la ubicuidad de la información sobre las plantas afrodisíacas, estimulantes, sedantes y psicodélicas descubiertas por seres humanos curiosos en remotas y antes incomunicadas zonas del planeta. Al mismo tiempo que llega a las sociedades occidentales este flujo de información botánica y etnográfica, injertando hábitos de otras culturas en los nuestros y proporcionándonos una gama de elección de amplitud desconocida hasta el momento, se han producido grandes avances en la síntesis de moléculas orgánicas complejas y en la comprensión de la maquinaria molecular de los genes y la herencia. Estas nuevas introspecciones y tecnologías han contribuido a crear una cultura muy distinta de ingeniería psicofarmacológica. Drogas de diseño como el MDMA o el éxtasis, y los esteroides anabolizantes utilizados por atletas o adolescentes para estimular el desarrollo muscular, son precursores de una época de cada vez más efectiva y frecuente intervención farmacológica sobre el aspecto que tenemos, nuestras formas de actuar y nuestros modos de sentir.

La idea de regular, a escala planetaria, primero cientos y luego miles de sustancias sintéticas de fácil producción, y que después son muy buscadas, pero ilegales, horroriza a cualquiera que tenga esperanzas en un futuro más abierto y menos reglamentado.

UNA RECUPERACIÓN DE LO ARCAICO

Este libro explorará la posibilidad de una recuperación de la arcaica —o preindustrial y preliteraria— actitud hacia la comunidad, el uso de

las sustancias y la naturaleza; una actitud que sirvió a nuestros ancestros prehistóricos nómadas durante largo tiempo y adecuadamente, antes del advenimiento del estilo cultural actual que llamamos «Occidente». Lo arcaico hace referencia al Paleolítico Superior, un período de hace unos siete o diez mil años que precede a la invención y difusión de la agricultura. La época arcaica fue de pastoreo nómada y compañerismo, una cultura basada en la ganadería, el chamanismo y el culto a la Diosa.

He planteado el tema en un orden más o menos cronológico, en el que las últimas secciones, más orientadas hacia el futuro, recuperan y dan un nuevo papel a los temas arcaicos de los primeros capítulos. El argumento acompaña las vías de acceso del peregrino farmacológico. Es por ello que he denominado a las cuatro secciones del libro: «Paraíso», «Paraíso perdido», «Infierno», y, esperanzado pero no muy optimista, «¿Paraíso recuperado?». Un glosario de términos específicos aparece al final de la obra.

Es patente que no podemos seguir considerando el uso de las drogas del mismo modo de siempre. Como sociedad global, hemos de hallar una nueva imagen que guíe nuestra cultura, que una las aspiraciones de la humanidad, con las necesidades del planeta y de los individuos. El análisis del desasosiego existencial que nos impulsa a crear relaciones de dependencia y adicción con las plantas y drogas nos mostrará que, en los albores de la historia, perdimos algo muy valioso, cuya ausencia nos ha hecho enfermar de narcisismo. Únicamente una recuperación del vínculo que creamos con la naturaleza por medio del uso de plantas psicoactivas antes de la caída en la historia, puede abrirnos la esperanza de un futuro humano abierto y eterno.

Antes de comprometernos de un modo irrevocable con la quimera de una cultura libre de drogas conseguida al precio de echar completamente por la borda los ideales de una sociedad planetaria libre y democrática, hemos de hacernos algunas preguntas complejas: ¿por qué, como especie, estamos tan fascinados por los estados alterados de conciencia? ¿Cuál ha sido su impacto en nuestra estética y aspiraciones espirituales? ¿Qué hemos perdido al negar la legitimidad del impulso individual de la persona a la hora de utilizar sustancias para experimentar personalmente lo trascendental y lo sagrado? Tengo la esperanza de que dar respuesta a estas preguntas nos obligará a afrontar las consecuencias de la negación de la dimensión espiritual de la naturaleza y las de considerar a la naturaleza únicamente como un «recurso» al que esquilmar y saquear. Un planteamiento ponderado de estos temas no será del

agrado de los obsesos del control, ni de los fundamentalistas religiosos incultos, ni del fascismo de cualquier signo.

La pregunta de cómo nosotros, ya sea como sociedad o en tanto que individuos, nos relacionamos con las plantas psicoactivas en las postrimerías del siglo XX, plantea una cuestión amplia: ¿cómo, en el transcurso del tiempo, nos hemos visto conformados por las cambiantes alianzas que hemos formado y roto con varios miembros del mundo vegetal a lo largo de nuestra andadura a través del laberinto de la historia? Es una pregunta que trataremos con detalle en los capítulos que siguen.

La leyenda primitiva de nuestra cultura comienza en el Jardín del Edén, en el instante de comer el fruto del Árbol del Conocimiento. Si no aprendemos del pasado, esta historia puede acabar con un planeta intoxicado, sus bosques como mero recuerdo, su cohesión biológica rota y nuestro legado de nacimiento convertido en un páramo. Si hemos pasado algo por alto en nuestros anteriores intentos de entender nuestros orígenes y lugar en la naturaleza, ¿estamos ahora en situación de mirar atrás y comprender no sólo nuestro pasado, sino también nuestro futuro, de un modo completamente nuevo? Si podemos recuperar el sentido perdido de la naturaleza como misterio vivo, podemos estar seguros de abarcar nuevas perspectivas en la aventura cultural que sin duda tenemos ante nosotros. Tenemos la oportunidad de salir del lóbrego nihilismo histórico que caracteriza el ámbito de nuestra cultura dominante, profundamente patriarcal. Estamos en situación de recuperar la arcaica comprensión de nuestra casi simbiótica relación con las plantas psicoactivas como fuente de introspección y coordinación que fluye del mundo vegetal al humano.

El misterio de nuestra conciencia y poderes de autorreflexión está de algún modo vinculado a este canal de comunicación con la invisible mente que los chamanes insisten en decirnos que es el espíritu del mundo vivo de la naturaleza. Para los chamanes y las culturas chamánicas, la exploración de este misterio ha sido siempre una plausible alternativa a la mera existencia en una cultura confiada y materialista. Aquellos que vivimos en las democracias industriales podemos escoger explorar estas dimensiones desconocidas ahora, o esperar hasta que la galopante destrucción del planeta vivo haga cualquier exploración irrelevante.

UN NUEVO MANIFIESTO

Ha llegado, pues, el momento, en el gran discurso natural que es la historia de las ideas, de reconsiderar realmente nuestra fascinación por el uso habitual de las plantas psicoactivas o fisioactivas. Hemos de aprender de los excesos del pasado, particularmente de los de la década de los sesenta, pero no podemos sencillamente proclamar «Simplemente di no» o tampoco podemos ya decir «Pruébalo, si te gusta». Tampoco podemos sostener un punto de vista que pretende dividir la sociedad en usuarios y no usuarios. Necesitamos un enfoque comprensivo para estas cuestiones que contienen en su seno las implicaciones evolutivas e históricas más profundas.

La influencia de las mutaciones inducidas por la dieta en la humanidad temprana y el efecto de los metabolitos exóticos en la evolución de su neuroquímica y cultura, continúa siendo un territorio inexplorado. La adopción temprana por parte de los homínidos de una dieta omnívora y su descubrimiento del poder de algunas plantas fueron factores decisivos a la hora de desplazar a los primeros humanos fuera del flujo de la evolución animal, introduciéndolos en la rápida transformación del lenguaje y la cultura. Nuestros remotos ancestros descubrieron que ciertas plantas, cuando se autoadministraban, suprimían el apetito, aliviaban el dolor, proporcionaban estallidos de energía repentinos, conferían inmunidad contra los factores patogénicos o permitían correlacionar actividades cognitivas. Estos descubrimientos nos pusieron en el largo camino de la autoconciencia. Una vez nos convertimos en instrumentos omnívoros, la misma evolución se transformó, de un proceso de lentas modificaciones de nuestra forma física, en una rápida definición de formas culturales mediante la elaboración de ritos, lenguajes, la escritura, habilidades memorísticas y tecnología.

Estas grandes transformaciones ocurrieron principalmente como resultado de las sinergias entre los seres humanos y las distintas plantas con las que interactuaron y coevolucionaron. Una valoración honesta del impacto de las plantas en los fundamentos de las instituciones humanas descubrirá que son absolutamente primordiales. En el futuro, la aplicación de soluciones inspiradas en la botánica, como el crecimiento cero de la población, la extracción de hidrógeno del agua del mar y los programas intensivos de reciclaje, pueden ayudar a organizar nuestras sociedades y el planeta mediante unas líneas neoarcaicas más holísticas y ambientalmente conscientes.

La represión de la fascinación natural humana por los estados alte-

rados de conciencia y la peligrosa situación presente del conjunto de la vida en la Tierra están conectadas de modo causal y estrecho. Cuando suprimimos el acceso al éxtasis chamánico, cerramos las puertas a las enérgicas corrientes de la emoción que fluyen al tener una vinculación profunda y casi simbiótica con la tierra. A consecuencia de ello, los estilos sociales inadaptados que fomentan la superpoblación, el mal uso de los recursos y la intoxicación del entorno se desarrollan y se mantienen por sí solos. En lo que se refiere a habituarse a las consecuencias de un comportamiento inadaptado, no existe cultura en la Tierra más narcotizada que el Occidente industrializado. Proseguimos con nuestra habitual actitud comercial en una atmósfera surrealista de crisis galopante y contradicciones irreconciliables.

Como especie, hemos de reconocer la profundidad de nuestro dilema histórico. Seguiremos jugando con media baraja mientras sigamos tolerando las orientaciones del gobierno y de la ciencia, que presuponen que deben dictar a qué lugares puede dirigir y no puede dirigir su atención de un modo legítimo la curiosidad humana. Estas restricciones de la imaginación humana no tienen sentido y son ridículas. El gobierno no sólo restringe la investigación sobre las sustancias psicodélicas, que puede posiblemente proporcionarnos descubrimientos médicos y psicológicos muy valiosos, sino que también se atreve a prevenir su uso espiritual y religioso. La utilización religiosa de las plantas psicodélicas pertenece al ámbito de los derechos civiles; su restricción es la represión de una legítima sensibilidad religiosa. De hecho, no es una sensibilidad religiosa la que se reprime, sino *la* sensibilidad religiosa, una experiencia de la *religio* basada en la relación plantas-humanos que existía mucho antes del advenimiento de la historia.

No podemos ya posponer por más tiempo una reevaluación honesta de los verdaderos costos y beneficios del uso habitual de plantas y drogas frente a los auténticos costos y beneficios de la represión de su uso. Nuestra cultura global se encuentra bajo el peligro de sucumbir en el seno de un esfuerzo orwelliano por solucionar el problema mediante el terrorismo militar y policíaco dirigido a los consumidores de drogas de nuestra población y a los productores de drogas del Tercer Mundo. Esta respuesta de carácter represivo está ampliamente respaldada por un miedo irreflexivo que es producto de la falta de información y de la ignorancia histórica.

Los muy enraizados rasgos culturales explican por qué la mente occidental se muestra de pronto angustiada y represiva al considerar el tema de las drogas. Los cambios en la conciencia inducidos por sustan-

cias revelan de un modo dramático que nuestra vida mental tiene bases físicas. Las drogas psicoactivas hacen peligrar la asunción cristiana de la inviolabilidad y el *status* ontológico especial del alma. Del mismo modo, desafían la idea moderna de la inviolabilidad del ego y sus estructuras de control. Resumiendo, el encuentro con las plantas psicodélicas pone totalmente en cuestión la visión del mundo de la cultura dominante.

En esta reconsideración de la historia nos encontramos a menudo con este tema del ego y la cultura dominante. De hecho, el terror que experimenta el ego al contemplar la disolución de los límites entre el sí mismo y el mundo no sólo se encuentra tras la represión de los estados alterados de conciencia, sino que, de un modo más amplio, expresa la represión de lo femenino, lo extraño y lo exótico, y las experiencias trascendentales. En las épocas prehistóricas pero postarcaicas, aproximadamente del 5000 al 3000 a.C., la represión de la sociedad fraternal a manos de los invasores patriarcales marca el momento de la represión de la investigación experimental abierta y sin límites de la naturaleza a cargo de los chamanes. En las sociedades altamente organizadas, esta tradición arcaica fue reemplazada por otra basada en el dogma, el sacerdocio, el sistema de patriarcado, la guerra y, finalmente, los valores «científicos y racionales» o dominantes.

Hasta este momento he utilizado los términos de estilos culturales «fraternal» y «dominante» sin definirlos. Debo estos útiles términos a Riane Eisler y su importante revisión de la historia, *The Chalice and the Blade*.⁴ Eisler ha establecido la noción de que los modelos de sociedad «fraternos» precedieron y luego compitieron con, y fueron reprimidos por, formas «dominantes» de organización social. Las culturas dominantes son jerárquicas, paternas, materialistas y están dominadas por la masculinidad. Eisler cree que las tensiones entre las organizaciones fraternales y las dominantes, y la supramanifestación del modelo dominante, son las responsables de nuestra alienación de la naturaleza, de nosotros mismos y de los demás.

Eisler ha escrito una brillante síntesis de la emergencia de la cultura humana en el Próximo Oriente antiguo y del despliegue del debate político que atañe a la feminización de la cultura y la necesidad de superar los patrones de dominación masculinos a la hora de crear un futuro viable. Su análisis de los géneros políticos eleva el nivel del debate más allá de aquellos que han aclamado o descrito de un modo muy estri-

4. Riane Eisler, *The Chalice and the Blade* (San Francisco: Harper & Row, 1987).

dente este o aquel antiguo «matriarcado» o «patriarcado». *The Chalice and the Blade* introduce la noción de «sociedades fraternales» y «sociedades dominantes», y utiliza el registro arqueológico para argumentar que en áreas muy amplias y a lo largo de muchos siglos las sociedades fraternales del Oriente Medio antiguo no tenían guerras ni revueltas. La guerra y el patriarcado llegaron con la aparición de los valores dominantes.

LA HERENCIA DOMINANTE

Nuestra cultura, autointoxicada por los venenosos subproductos de la tecnología e ideología egocéntrica, es la infeliz heredera de la actitud dominante que nos dicta que alterar la conciencia mediante el uso de plantas o sustancias es algo malo, onanista y socialmente perverso. Argumentaré que la represión de la gnosis chamánica, con su adhesión e insistencia en la disolución extática del ego, nos ha apartado del sentido de la vida y nos ha hecho enemigos del planeta, de nosotros mismos y de nuestros nietos. Estamos destruyendo el planeta con el fin de mantener intacto el equivocado supuesto del estilo cultural del ego dominante.

Ha llegado el momento de cambiar.

**PRIMERA
PARTE**

Paraíso

CAPÍTULO 1

Chamanismo: el escenario



Raongi estaba sentado ante la imprecisa luz de la hoguera. Tenía la sensación de que su cuerpo estaba profundamente relajado, de un modo que le recordaba a una escurridiza anguila. A medida que creó este pensamiento, la cabeza de una anguila creció, se fundió en el azul eléctrico y surgió dócil en el oscuro espacio detrás de sus párpados.

«Madre espíritu de la primera cascada...»

«Abuela de los primeros ríos...»

«Muéstrate, muéstrate.»

Respondiendo a las llamadas, el oscuro espacio que había tras lo que en aquel momento era una anguila se llenó de chispas y ondas de luz que alcanzaron cada vez más altura, acompañadas de un rumor cada vez más intenso.

«Es la primera *maria*.» La voz es la de Mangi, el anciano chamán de la aldea de Jarocamena. «Es fuerte. Tan fuerte.»

Mangi permanece en silencio a medida que la visión se le aproxima. Están en el filo de Venturi, el mundo real, la zona azul. El sonido de la lluvia que cae fuera es irreconocible. El movimiento de las hojas secas se mezcla con el sonido de lejanas campanas. Su entrecuchar se asemeja más a la luz que al sonido.

Hasta hace relativamente muy poco, las prácticas de Mangi y su remota tribu amazónica eran típicas de la práctica religiosa de cualquier lugar. Únicamente en los últimos milenios, la teología y los rituales se han convertido de modo paulatino en formas más elaboradas, pero no por ello necesariamente más prácticas.

EL CHAMANISMO Y LA RELIGIÓN ORDINARIA

Cuando a principios de los años setenta llegué al Alto Amazonas, había pasado varios años viviendo en sociedades asiáticas. Asia es un lugar en el que los restos de ciertas ontologías religiosas emborronan el panorama como huellas de escarabajos en la arena. Viajé a la India en busca de lo milagroso. Visité sus templos y *ashrams*, sus lugares de retiro en junglas y montañas. Pero el yoga, una vocación destinada a toda una vida, la obsesión de unos pocos ascéticos y disciplinados seres, no fue suficiente para trasladarme a los paisajes interiores que buscaba.

En la India aprendí que la religión, en toda época y lugar el espacio al que desciende la luminosa llama del espíritu, no es más que un galimatías. La religión en la India se presenta ante una mirada ahíta familiarizada con cuatro milenios de sacerdocio. La India hindú moderna fue a la vez para mí una antítesis y un oportuno prelude para el chamanismo arcaico que encontré en la cuenca del río Putumayo, en Colombia, cuando llegué allí para iniciar estudios sobre el uso de las plantas alucinógenas a cargo de los chamanes.

El chamanismo es la práctica tradicional de sanación, adivinación y expresión teatral del Alto Paleolítico basada en la magia natural desarrollada aproximadamente en un período que va de unos diez a cincuenta mil años. Mircea Eliade, autor de *Shamanism: Archaic Techniques of Ecstasy*, y la máxima autoridad en chamanismo en el contexto de las religiones comparadas, ha mostrado que en toda época y lugar el chamanismo conserva una coherencia interna sorprendente tanto en sus prácticas como en sus creencias. Ya se trate de un chamán inuit que viva en el Ártico o un witoto del Alto Amazonas, ciertas técnicas y expectativas son las mismas. La más importante de estas constantes es el éxtasis, un punto que junto con mi hermano hemos destacado en nuestro libro *The Invisible Landscape*:

La parte extática de la iniciación chamánica es de difícil análisis, pues depende de una cierta receptividad a los estados de trance y éxtasis por

parte del novicio; éste debe gozar de un talante peculiar, en ocasiones frágil y enfermizo, estar predispuesto a la soledad y tener quizás ataques epilépticos o catatónicos, o algún otro trastorno psicológico (aunque no siempre, como han afirmado algunos estudiosos del tema).¹ En cualquier caso, su predisposición psicológica para el éxtasis es sólo el punto de partida para su iniciación: el novicio, tras una historia de enfermedad psicósomática o trastornos psicológicos, que puede variar en su grado de intensidad, empezará finalmente a experimentar enfermedades iniciáticas y trances; puede llegar a experimentar un estado que se asemeja a la muerte o un trance profundo durante muchos días. Durante ese período de tiempo, es visitado en sueños por espíritus protectores de los que puede recibir instrucciones. Es una constante que a lo largo de este trance prolongado el novicio experimente un episodio de muerte y resurrección místicas; puede verse reducido a un esqueleto y luego verse cubierto por una nueva piel; o verse hervir en el fuego de una caldera, ser devorado por los espíritus y luego volver a unificarse; o puede imaginarse mientras es abordado por los espíritus, sus órganos extraídos y sustituidos por «piedras mágicas», para luego ser cosido de nuevo.

Eliade nos recuerda que, aunque los motivos específicos pueden variar entre las distintas culturas, la estructura general chamánica está clara: el chamán neófito experimenta una muerte y resurrección simbólicas, que se entienden como transformación radical hacia una condición sobrehumana. Por lo tanto, el chamán tiene acceso al plano sobrehumano, es un maestro del éxtasis, puede viajar por el reino espiritual a su antojo y, lo más importante, puede curar y vaticinar. Como decíamos en *The Invisible Landscape*:

En resumen, se transforma desde un estado profano a un estado sagrado del ser. No sólo logra su propia sanación a través de su transmutación mística: a partir de ahora está investido con el poder de lo sagrado y por lo tanto puede curar también a los demás. Es muy importante que recordemos esto: que el chamán es algo más que un enfermo o un loco; es un hombre enfermo que se ha curado a sí mismo y debe convertirse en un chamán con el fin de seguir sano.²

1. Véase Mircea Eliade, *Shamanism: Archaic Techniques of Ecstasy* (Nueva York: Pantheon, 1964), págs. 23 y sigs.

2. Dennis Mc Kenna y Terence McKenna, *The Invisible Landscape* (Nueva York: Seabury Press, 1975), pág. 10.

Hemos de tener en cuenta que Eliade utiliza la palabra «profano» de un modo deliberado, con la intención de crear una neta ruptura entre la noción del mundo profano de la experiencia ordinaria y el mundo sagrado que es «totalmente distinto».³

No todos los chamanes utilizan la intoxicación con plantas como medio para obtener el éxtasis, pero todas las prácticas chamánicas tienen como fin producir el éxtasis. Las percusiones, la manipulación de la respiración, las ordalías, el ayuno, las ilusiones teatrales, la abstinencia sexual; todos ellos han sido siempre métodos distinguidos para conseguir el trance necesario para el trabajo chamánico. Pero ninguno de estos métodos es tan eficaz, tan antiguo y tan aplastante como el uso de plantas que contienen compuestos químicos que producen visiones.

Esta práctica de utilizar plantas visionarias intoxicantes puede parecer ajena o sorprendente a algunos occidentales. Nuestra sociedad contempla las drogas psicoactivas ya sea como algo frívolo, ya sea como algo peligroso, o, en el mejor de los casos, como algo destinado al tratamiento de las personas con serios trastornos mentales cuando no disponemos de otros métodos eficaces. Para nosotros, la figura del sanador es la del profesional médico, quien, en posesión de un saber específico, puede curar. Pero el saber específico del médico moderno es un conocimiento clínico, alejado del drama interno de cada persona única y concreta.

El chamanismo es distinto. Normalmente, si se utilizan drogas, es el chamán, no el paciente, el que las toma. La motivación es también muy distinta. Las plantas utilizadas por el chamán no se supone que deban estimular el sistema inmunológico o las defensas naturales del cuerpo frente a la enfermedad. Más bien, las plantas de los chamanes hacen emprender al sanador un viaje al reino invisible en el que la causalidad del mundo ordinario se transforma en el fundamento de la magia natural. En este dominio, el lenguaje, las ideas y el sentido tienen un poder mayor que la causa y el efecto. Concordancias, resonancias, intenciones y la voluntad personal se magnifican lingüísticamente mediante la retórica poética. Se apela a la imaginación y en ocasiones sus formas pueden contemplarse. En el seno del espacio mental del chamán, las conexiones ordinarias del mundo y lo que denominamos leyes naturales pierden énfasis o se ignoran.

3. Eliade (1959), pág. 9.

UN MUNDO HECHO DE LENGUAJE

La evidencia, a partir de milenios de experiencias chamánicas, nos dice que el mundo está de algún modo hecho realmente de lenguaje. Aunque choque con los conceptos de la ciencia moderna, esta proposición radical está de acuerdo con una gran parte del pensamiento lingüístico actual.

«La revolución lingüística del siglo XX —afirma el antropólogo de la Universidad de Boston Misisa Landau— es el reconocimiento de que el lenguaje no es únicamente un instrumento para comunicar ideas acerca del mundo, sino más bien, en primer lugar, un instrumento para crear el mundo. La realidad no se “experimenta” o “refleja” simplemente en el lenguaje, sino que por el contrario es producida por éste.»⁴

Desde el punto de vista del chamán psicodélico, el mundo da la sensación de estar más en el seno de una metáfora o un cuento, que en cualquier senda relacionada con los leptones y los bariones de los que hablan nuestros sumos sacerdotes: los físicos. Para el chamán, el cosmos es un cuento que se hace realidad a medida que lo contamos y se cuenta a sí mismo. Esta perspectiva implica que la imaginación humana puede tomar el timón del estar en el mundo. Libertad, responsabilidad personal y una conciencia humilde de la verdadera talla e inteligencia del mundo se combinan en este punto de vista para constituir una base sólida a la hora de vivir una auténtica vida neoarcaica. Una veneración por, y una inmersión en, los poderes del lenguaje y la comunicación son los fundamentos de la senda del chamán.

Ésta es la causa por la que el chamán es el lejano ancestro del poeta y del artista. Nuestra necesidad de sentirnos parte del mundo parece exigirnos que nos expresemos a través de la actividad creativa. La fuente definitiva de esta creatividad está oculta en el misterio del lenguaje. El éxtasis chamánico es un acto de entrega al misterio del ser. A causa de que nuestra cartografía de la realidad está determinada por nuestras circunstancias presentes, tenemos tendencia a mostrarnos inconscientes a las grandes pautas del espacio y el tiempo. Únicamente accediendo a lo Otro Trascendente pueden vislumbrarse estas pautas del tiempo y el espacio y nuestro papel en su seno. El chamanismo se esfuerza en perseguir este punto de vista superior, que se logra mediante una proeza de carácter lingüístico. Un chamán es aquel que ha alcanzado

4. Citado en Roger Lewin, *In the Age of Mankind* (Nueva York: Smithsonian Institution, 1988), pág. 180.

una visión del principio y el fin de todas las cosas y *puede comunicar dicha visión*. Para el pensador racionalista, esto es inconcebible, pero las técnicas del chamanismo buscan esta meta y éste es el origen de su poder. La más importante de las técnicas chamánicas es el uso de plantas alucinógenas, depósito de una gnosis vegetal viva que mora, hoy casi olvidada, en nuestro pasado.

UNA DIMENSIÓN MÁS ELEVADA DE LA REALIDAD

Al penetrar en el ámbito de la inteligencia vegetal, el chamán, en cierto modo, tiene el privilegio de una perspectiva de la experiencia de dimensión superior. El sentido común asume que, aunque los lenguajes siempre están evolucionando, la materia prima que el lenguaje expresa es relativamente constante y común a toda la humanidad. Pero también sabemos que el lenguaje hopi no tiene tiempos o conceptos de pasado o futuro: ¿cómo puede ser el mundo hopi similar al nuestro? Y los inuit no tienen pronombres en primera persona: ¿cómo puede ser su mundo semejante al nuestro?

Las gramáticas de las lenguas —sus reglas internas— se han estudiado en detalle. Pero se ha prestado poca atención al modo en que el lenguaje crea y define los límites de la realidad. Quizá se entienda mejor el lenguaje si se considera como mágico, puesto que en la magia se sobreentiende que el mundo está hecho de lenguaje.

Si el lenguaje se acepta como el dato básico del saber, entonces en Occidente hemos sido tristemente engañados. Sólo los enfoques chamánicos podrán darnos respuestas a las preguntas que consideramos más interesantes: quiénes somos, de dónde venimos y hacia dónde vamos. Estas preguntas son hoy más importantes que nunca, cuando nos rodea la evidencia de lo inadecuado de la ciencia a la hora de nutrir el alma. Lo que nos está sucediendo no es únicamente fruto de un hastío temporal del espíritu; si no vamos con cuidado, lo que sufriremos será una condición terminal del cuerpo y del espíritu colectivos.

Por supuesto, cuando hace veinte años llegué al Amazonas, no sabía nada al respecto. Al igual que la mayoría de los occidentales, creía que la magia era un fenómeno ligado a la ingenuidad y al primitivismo, y que la ciencia podía proporcionar una explicación sobre el funcionamiento del mundo. Bajo el prisma de esta posición de ingenuidad intelectual, experimenté por primera vez el hongo de la psilocibina, en San Agustín, en el Alto de Magdalena, en la Colombia del sur. Más

tarde, y no muy lejos de allí, en Florencia, conocí y experimenté un brebaje visionario hecho con enredaderas de la *Banisteriopsis*, el yagé o ayahuasca de la leyenda *underground* de los años sesenta.⁵

Las experiencias que tuve a lo largo de estos viajes me transformaron personalmente y, lo que es más importante, me llevaron a un tipo de experiencias vitales destinadas a restaurar el equilibrio en nuestros mundos social y ambiental.

He compartido la mente grupal que se genera en las sesiones visionarias de los ayahuasqueros. He visto los dardos mágicos de luz roja que un chamán puede lanzar contra otro. Pero más importantes que las proezas paranormales de los magos dotados y los curanderos espirituales fueron los tesoros interiores que descubrí, en la cumbre de estas experiencias, en el seno de mi propia mente. Ofrezco mi narración como una suerte de testimonio, como testigo que representa a todos los hombres. Si me sucedieron dichas experiencias, tienen que ser parte de la experiencia común de todos los hombres y mujeres.

UN MEME CHAMÁNICO

Mi educación chamánica no fue única. Miles de personas, por un medio u otro, han llegado a la conclusión de que las plantas psicodélicas, y las instituciones chamánicas que su uso implica, son herramientas imprescindibles para explorar las profundidades interiores de la psique humana. Los chamanes psicodélicos constituyen hoy en día una subcultura, que va en aumento y es de alcance mundial, de exploradores hiperdimensionales, muchos de los cuales están muy preparados científicamente. Está formándose un panorama, una región todavía vislumbrada de un modo difuso, pero que va emergiendo, que exige la atención del discurso racionalista y probablemente amenaza con confundirlo. Hemos de aprender todavía a cómo comportarnos, cómo ocupar nuestro lugar en la trama de la comunicación; la red sin costuras formada por todas las cosas.

Una comprensión de cómo conseguir este equilibrio se encuentra en las culturas olvidadas y pisoteadas de las selvas lluviosas y los desiertos del Tercer Mundo, y en las reservas en las que la cultura dominante encierra a sus aborígenes. La gnosis chamánica posiblemente se esté mu-

5. Véase William Burroughs y A. Ginsberg, *The Yagé Letters* (San Francisco: City Lights Books, 1963).

riendo; pero es seguro que se está transformando. Pero las plantas alucinógenas que constituyen su fuente, la religión humana más antigua, siguen siendo una senda nítida, tan refrescante como lo fue antaño. El chamanismo es vital y real, puesto que produce el encuentro del individuo con el reto y lo maravilloso, el éxtasis y la exaltación, inducidos por las plantas alucinógenas.

Mi encuentro con el chamanismo y los alucinógenos en el Amazonas me convenció de su importancia liberadora. Una vez convencido de ello, me dispuse a filtrar las variadas formas de ruido lingüístico, cultural, farmacológico y personal que oscurecían el Misterio. Tenía la esperanza de destilar la esencia del chamanismo, para perseguir a la Epifanía hasta su guarida. Quería vislumbrar más allá de los velos de su danza vertiginosa. Convertirme en un mirón cósmico. Soñaba con afrontar la belleza desnuda.

Un cínico del estilo dominante se contentará con tachar esto de romántica ilusión juvenil. Irónicamente, yo fui una vez ese cínico. Experimenté la locura que encerraba dicha búsqueda. Me conozco el paño. «¿Lo Otro? ¿La desnuda belleza platónica? ¡Nos tomas el pelo!»

Hemos de admitir que tuve varios percances en mi camino. «Hemos de convertirnos en necios de Dios», me urgió en una ocasión un conocido entusiasta del Zen; con lo que me estaba diciendo: «Pisa el suelo». El buscar y probar había sido un método que me había funcionado en el pasado. Sabía que las prácticas chamánicas basadas en el uso de las plantas alucinógenas subsistían en el Amazonas, y estaba dispuesto a confirmar mi intuición de que un gran secreto se ocultaba tras este hecho.

La realidad superó mis temores. El rostro marcado de la vieja leprosa se tornó más desagradable cuando el fuego que encendió se avivó de pronto al añadir más leña. En la oscuridad que había tras ella, podía ver al guía que me había traído a este innominado lugar en el río Cumala. Anteriormente, en el bar de la aldea ribereña, el imprevisto encuentro con un barquero que deseaba llevarme a conocer a la milagrosa hechicera legendaria local de la ayahuasca me pareció una oportunidad histórica. Ahora, tras tres días de viaje por el río y medio día de marcha por senderos tan embarrados que amenazaban con arrancarte las botas a cada paso, no estaba tan seguro de ello.

En este instante, el objeto original de mi búsqueda, la auténtica ayahuasca de la selva profunda, que se consideraba tan distinta de la bazo-

fía que ofrecían los charlatanes en el mercado, casi había perdido interés para mí.

Tome, caballero, cacareó la vieja mientras me ofrecía un tazón lleno de un líquido negro y viscoso. Su superficie tenía un aspecto aceitoso.

Ha crecido en este desempeño, pensé mientras bebía. Era cálido y salado, acre y amargo. Su sabor era como la sangre de algo muy, muy antiguo. Intenté no reflexionar mucho sobre mi situación a merced de aquella extraña gente. Pero de hecho mi valor se esfumaba. Las miradas burlonas tanto de doña Catalina como del guía poco a poco se habían vuelto frías y duras. Una onda sonora de los insectos que barrió el río dio la sensación de salpicar la oscuridad con agujas de afilada luz. Noté que mis labios se entumecían.

Intentando no parecer tan ebrio como me sentía, estiré mi hamaca y me tendí. Tras mis párpados cerrados fluía un río de luz magenta. Tuve la sensación, en una suerte de pirueta mental ensoñadora, de que un helicóptero había aterrizado en el tejado de la choza, y ésta fue mi última impresión.

Cuando recuperé la conciencia tuve la sensación de estar haciendo *surf* en el rizo interior de una ola informática de transparente luz brillante de varios metros de altura. El regocijo dio paso al terror cuando me percaté de que mi ola rompía a gran velocidad contra una costa rocosa. Todo desapareció en el caos producido por la ola informática al chocar con una costa virtual. Siguió otro lapsus, y tras él la impresión de ser un naufrago empujado hasta una playa tropical. Sentía la presión de mi rostro en la cálida arena de la playa tropical. Me sentí afortunado por estar vivo. *¡Tengo la fortuna de estar vivo! ¿O estoy vivo para ser afortunado?* Estallé en carcajadas.

En ese preciso instante la vieja empezó a cantar. La suya no era una canción ordinaria, sino un *icaro*, o canción de sanación, que en nuestro estado intoxicado y de éxtasis se asemejaba más a un pez tropical del arrecife o a un llamativo pañuelo de seda multicolor que a un canto vocal. El canto era una manifestación visible del poder que nos envolvía y nos protegía.

EL CHAMANISMO Y EL PERDIDO MUNDO ARCAICO

El chamanismo fue definido de un modo muy bello por Mircea Eliade como «las técnicas arcaicas del éxtasis». El uso que hace Eliade del término «arcaico» es importante para nosotros, puesto que nos alerta

sobre el papel que debe cumplir en cualquier reconsideración de las formas vitales arcaicas de ser, vivir y comprender. El chamán consigue hacer entrar en un mundo oculto a aquellos que moran en la realidad ordinaria. En esta dimensión distinta se ocultan poderes tanto protectores como malévolos. Sus reglas no son las de nuestro mundo; se asemejan más a las reglas que operan en el mito y en el sueño.

Los sanadores chamánicos insisten en la existencia de un Otro inteligente en algún lugar de una dimensión cercana. La existencia de una ecología espiritual o de una inteligencia descarnada no es algo que la ciencia pueda esperar afrontar para emerger luego intacta con sus propias premisas. Especialmente si este Otro ha sido durante largo tiempo una parte de la ecología terrestre, presente pero invisible, un secreto global compartido.

Los escritos de Carlos Castaneda y sus imitadores han desembocado en una moda de la «conciencia chamánica» que, aun siendo confusa, ha hecho que el chamán haya pasado, de ser una figura periférica en la literatura de la antropología cultural, a convertirse en la figura modelo de *los medios* de comunicación para los miembros de la sociedad neoarcaica. A pesar del gancho que el chamanismo tiene en la imaginación popular, el fenómeno paranormal que Castaneda supone como real y verdadero nunca ha sido tomado en consideración por la ciencia moderna; incluso aunque los científicos, en insólitos casos de deferencia, hayan convocado a psicólogos y antropólogos para que analizaran el chamanismo. Esta cerrazón frente al mundo paranormal ha creado un punto ciego intelectual en el seno de nuestro punto de vista habitual sobre el mundo. Somos totalmente inconscientes con respecto al mundo mágico de los chamanes. Simplemente es más extraño de lo que *podamos* imaginar.

Consideremos a un chamán que utiliza plantas para conversar con un mundo invisible habitado por inteligencias no humanas. Alcanzaría un titular en la prensa amarilla. Pero los antropólogos dan cuenta a diario de estas cosas y nadie se inmuta. Ello se debe a que tenemos la tendencia a asumir que el chamán *interpreta* su experiencia de intoxicación como una comunicación con espíritus o ancestros. El sentido es que tú o yo interpretaríamos esta misma experiencia de un modo distinto, y que por lo tanto no se considera nada del otro mundo que algún pobre y analfabeto *campesino* piense que está hablando con un ángel.

Por xenófoba que sea esta actitud, sugiere un procedimiento muy bueno, puesto que lo que dice es: «Enséñame las técnicas de tu éxtasis

y juzgaré su eficacia por mí mismo». Yo lo hice. Éstas son mis credenciales para las teorías y opiniones que sostengo. De entrada, me asusté con lo que vi: el mundo del chamanismo, de los aliados, de los cambios de forma y de los ataques mágicos son más reales de lo que puedan serlo nunca los constructos de la ciencia, puesto que estos espíritus ancestrales y su otro mundo pueden verse y experimentarse, pueden conocerse, en la realidad no ordinaria.

Algo profundo, inesperado, prácticamente inimaginable, nos espera si llevamos nuestro espíritu investigador en dirección al fenómeno de las plantas alucinógenas chamánicas. La gente que está al margen de la historia occidental, aquellos que todavía residen en un tiempo onírico preliterario, han tomado la antorcha ardiente de un gran misterio. Sería una lección de humildad admitirlo y aprender de ellos, pero esto pertenece también a la recuperación arcaica.

Ello no significa que debemos quedarnos boquiabiertos ante los logros del «primitivo», en una nueva versión del ingenuo salvaje. Todos los que hemos trabajado en este campo somos conscientes del hiato frecuente entre nuestras previsiones de cómo «la auténtica gente de la selva» debe comportarse y la realidad de la vida tribal cotidiana. Nadie comprende todavía la misteriosa inteligencia que hay en el seno de las plantas, o el alcance de la idea de que la naturaleza comunica, en un lenguaje básicamente químico, lo que es inconsciente pero profundo. Todavía no comprendemos cómo los alucinógenos transforman el mensaje del inconsciente en manifestaciones que puede contemplar la mente consciente. Dado que las gentes arcaicas afilan sus intuiciones y sentidos utilizando cualquier tipo de plantas que tienen a mano para aumentar sus ventajas adaptativas, gozan de poco tiempo para filosofar. Hoy, el sentido de la existencia de esta clase de mente en la naturaleza, descubierto por los chamanes, todavía debe reconocerse en su totalidad.

Mientras tanto, silenciosamente y al margen de la historia, el chamanismo ha proseguido su diálogo con un mundo invisible. El legado chamánico puede actuar como fuerza de equilibrio a la hora de volver a dirigir nuestra conciencia hacia el destino colectivo de la biosfera. La fe chamánica estriba en creer que la humanidad no carece de aliados. Existen fuerzas amistosas ante nuestra lucha por constituirnos como especie inteligente. Pero están mudas y silenciosas, han de buscarse no en el aterrizaje de escuadrillas de alienígenas procedentes de los cielos de nuestra tierra, sino más cerca, en los parajes solitarios, en el ámbito de las cascadas, y también en las praderas y pastos que actualmente muy raras veces pisamos.

CAPÍTULO

2

La magia en la comida



A lo largo de varios días, el Clan del Zorro había estado recogiendo y almacenando grandes cantidades de comida; tiras de carne de gacela habían sido ahumadas hasta que alcanzaron una oscuridad uniforme, mientras que los niños del clan habían recogido pulpas de insectos y dulces tallos de cebollas. Las mujeres habían acumulado huevos; la mayor cantidad recogida nunca. Estos huevos preocupaban a Lami, que era muy cuidadosa a la hora de sus obligaciones. Después de todo, ¿no era la hija de la Señora de Todos los Pájaros? Los huevos debían amontonarse cuidadosamente en cestas de mimbre y transportarse sobre la cabeza de algunas de las chicas más responsables. El ritual de intercambio de comida debía producirse cuando las gentes del Clan del Zorro, la gente de Lami, se reuniera con la gente del Halcón, los misteriosos habitantes de la tierra de las cumbres de arenisca. Ese día se encontrarían con ellos, como habían hecho año tras año en un rito que se perdía en la noche de los tiempos, para el gran festival de danzas e intercambio de comida. Lami recordaba el último encuentro, cuando Venda, el cíclico chamán de la gente del Zorro, había anunciado el festival y su sentido.

«Compartir comida es formar un solo cuerpo. Cuando el Clan del Halcón come nuestra comida se vuelve como nosotros. Cuando come-

mos su comida nos convertimos en ellos. Al intercambiar la comida nos volvemos uno.» Con sus senos arrugados y la espalda encorvada, Venda le parecía anciana a Lami. Fuera cual fuera su edad, nadie recordaba más que ella y sus palabras rara vez se ponían en cuestión en el seno del grupo. Lami levantó suavemente su carga dispuesta para la expedición. Si las gentes del Halcón querían huevos, tendrían huevos.

La manera en que los humanos utilizan las plantas, los alimentos y las drogas puede hacer que cambien los valores de los individuos y, finalmente, los de las sociedades en su conjunto. Ingerir ciertos alimentos nos agrada, comer otros nos duerme y otros nos hacen estar atentos. Estamos alegres, inquietos, despiertos o deprimidos según lo que hayamos comido. La sociedad, de un modo tácito, nos alienta a ciertos comportamientos que corresponden a sensaciones internas, y por lo tanto nos incita al uso de sustancias que produzcan comportamientos aceptables.

La represión o la expresión de la sexualidad, la fertilidad o la potencia sexual, el grado de agudeza visual, la sensibilidad a los sonidos, la velocidad de la respuesta motriz, el índice de madurez y la duración de vida, son sólo algunas de las características animales que pueden verse afectadas por plantas alimenticias con exóticas propiedades químicas. La formación de símbolos en los humanos, la facilidad lingüística y la sensibilidad a los valores de la comunidad también pueden cambiar bajo la influencia de metabolitos activos en el terreno fisiológico y psíquico. Pasar una noche en un bar de solteros puede ser un trabajo de campo suficiente para confirmar esta observación. En realidad, el proceso del ligue ha tenido siempre un alto rendimiento en la facilidad lingüística, como atestigua la perenne atención a los estilos coloquiales.

Cuando pensamos en las drogas, tenemos tendencia a concentrarnos en episodios de intoxicación, pero muchas drogas se utilizan normalmente en dosis bajas o de mantenimiento; el café y el tabaco son ejemplos claros en nuestra cultura. El resultado es una especie de «ambiente de intoxicación». Como el pez en el agua, las gentes de una cultura nadan en el medio prácticamente invisible de estados mentales culturalmente aceptados, pero artificiales.

Los lenguajes parecen invisibles a la gente que los habla, pero conforman el tejido de la realidad de sus usuarios. El problema de confundir el lenguaje con la realidad en el mundo cotidiano es demasiado conocido. El uso de las plantas es un ejemplo de un complejo lenguaje de interacciones químicas y sociales. Pero la mayoría de nosotros no

nos damos cuenta de los efectos de las plantas en nosotros mismos y en nuestra realidad, en parte a causa de que hemos olvidado que las plantas siempre han hecho de mediación entre las relaciones culturales humanas y el mundo en su conjunto.

UNA HISTORIA DE PRIMATES

En el Parque Nacional de Río de Gombe, en Tanzania, los estudiosos de los primates descubrieron que una especie concreta de hoja aparecía sin digerir en los excrementos de los chimpancés. Se dieron cuenta de que cada pocos días los chimpancés en lugar de comer frutos salvajes, como es habitual, caminaban veinte minutos o más hasta una zona en la que crecían especies de hojas de *Aspilia*. Los chimpancés colocaban repetidas veces sus labios sobre la hoja de *Aspilia* y la mantenían en sus bocas. Arrancaban una hoja, la ponían en sus bocas, la enrollaban durante unos instantes y después la tragaban entera. De este modo engullían casi treinta hojas.

El bioquímico Eloy Rodríguez, de la Universidad de California, en Irvine, aisló el principio activo de la *Aspilia*: un aceite rojizo denominado actualmente Tiarubrina-A. Neil Towers, de la Universidad de la Columbia Británica, descubrió que este compuesto puede matar ciertas bacterias comunes. Los archivos de hierbas estudiados por Rodríguez y Towers mostraban que los habitantes de África utilizaban hojas de *Aspilia* para curar heridas y molestias estomacales. De las cuatro especies nativas de África, los indígenas utilizan sólo tres, las mismas especies que utilizan los chimpancés.¹

Rodríguez y Towers han proseguido con sus observaciones de los chimpancés y las interacciones con las plantas, y actualmente pueden identificar aproximadamente una docena de plantas, auténtico material médico usado en las poblaciones de chimpancés.

SOMOS LO QUE COMEMOS

La historia que proponemos de la emergencia humana a la luz de la autorreflexión es una historia de tú-eres-lo-que-comes. Los grandes

1. E. Rodríguez, M. Aregullin, S. Uehara, T. Nishida, R. Wrangham, Z. Abramowski, A. Finlayson, y G. H. N. Towers, «Thiarubrine-A, A Bioactive Constituent of *Aspilia* (*Asteraceae*) Consumed by Wild Chimpanzees», *Experientia* 41 (1985): 419-420.

cambios climáticos y una ampliación, por tanto mutagénica, de la dieta, proporcionaron muchas oportunidades a la selección natural a la hora de influir en la evolución de los rasgos humanos más importantes. Cada encuentro con nuevos alimentos, drogas o sabores, se enfrenta con el riesgo y las consecuencias imprevisibles. Esto es todavía más cierto en la actualidad, cuando nuestros alimentos contienen cientos de aditivos y conservantes que no han sido muy estudiados.

Como ejemplo de plantas con un impacto potencial en la población humana, consideremos las batatas del género de la *Dioscorea*. En gran parte del mundo tropical, las batatas proporcionan una fuente segura de comida. Sin embargo, algunas especies muy emparentadas contienen componentes que pueden interferir con la ovulación. (Éstas se han convertido en materia prima para los modernos anticonceptivos.) Algo muy semejante al caos genético se precipitaría sobre una población de primates que se hubieran habituado a alimentarse de esas especies de *Dioscorea*. Muchas de estas escenas, aunque de magnitudes menos espectaculares, debieron de ocurrir cuando los primeros homínidos experimentaban con nuevos alimentos mientras ampliaban sus hábitos dietéticos omnívoros.

Comer una planta o un animal es un modo de reivindicar su poder; un modo de asimilar su magia. En las mentes de las gentes preliterarias, las líneas entre las drogas, la comida y las especias suelen ser difusas. El chamán que se harta de chile para producir calor interno no está en un estado de conciencia alterada menor que el entusiasta de óxido nítrico tras una larga inhalación. En nuestra percepción del sabor, y nuestra búsqueda de variedad en las sensaciones ligadas al acto de comer, somos muy distintos de nuestros parientes cercanos, los primates. En algún punto de la línea, nuestros nuevos hábitos alimenticios omnívoros y la evolución de nuestro cerebro, con su capacidad para procesar los datos de los sentidos, se unieron en la afortunada noción de que la comida podía ser experiencia. Había nacido la gastronomía, para unirse a la farmacología, que posiblemente la precedió, puesto que la conservación de la salud mediante la regulación de la dieta ha sido observada en muchos animales.

La estrategia de los primeros homínidos omnívoros fue la de comer todo lo que se asemejara a la comida y vomitar todo aquello que fuera incomedible. Las plantas, insectos y pequeños animales que, siguiendo esta regla, se consideraron comestibles fueron añadidos a la dieta. Una dieta variada o una dieta omnívora significa verse expuesto a cualquier cambio del equilibrio químico. Un organismo puede regular su *input*

químico mediante procesos internos, pero, finalmente, las influencias mutagénicas irán en aumento, y un número de variantes genéticas individuales mayor de lo habitual se ofrecerá al proceso de la selección natural. El resultado de esta selección natural son los cambios acelerados de la organización neuronal, los estados de conciencia y el comportamiento. Ningún cambio es permanente, cada uno de ellos da paso a otro. Todo fluye.

SIMBIOSIS

A medida que las plantas influyen en el desarrollo de los humanos y del resto de los animales, a su vez ellas mismas se ven afectadas. Esta coevolución sugiere la idea de simbiosis. «Simbiosis» tiene muchos significados; utilizo la palabra para referirme a una relación entre dos especies que confiere mutuos beneficios a sus miembros. El éxito biológico y evolutivo de cada especie está vinculado a una mejora de la otra. Esta situación es la opuesta al parasitismo; afortunado el parásito que puede convertirse en simbiótico. Las relaciones simbióticas, en las que cada miembro necesita del otro, pueden ser genéticamente muy próximas o tener un vínculo más abierto. Aunque las interacciones humanos-plantas eran simbióticas en sus pautas de beneficio y ventaja mutuas, dichas relaciones no estaban programadas genéticamente. Por el contrario, se ven claramente como hábitos profundos cuando se contrastan con ejemplos de auténticas simbiosis tomados del mundo natural.

Un ejemplo de ligación genética, y por tanto de relación realmente simbiótica, es la del pequeño pez *Amphiprion ocellaris*, que pasa su vida en la cercanía de ciertas especies de anémonas marinas. Estos peces se protegen de los grandes depredadores gracias a las anémonas, mientras que el alimento de la anémona procede del pez, que atrae grandes peces a la zona en que se alimenta la anémona. Cuando un compromiso de este tipo dura mucho tiempo, finalmente se «institucionaliza», difuminando progresivamente las distinciones genéticas claras entre los simbiosiontes. Finalmente, un organismo puede convertirse realmente en parte de otro, de forma semejante a como la mitocondria, la fuerza dinámica de la célula animal, se conjunta con otras estructuras para conformar la célula. La mitocondria tiene un componente genético distinto cuya antigüedad puede rastrearse hasta las bacterias libres eucariotas, que una vez, hace millones de años, fueron organismos independientes.

Otro ejemplo de simbiosis que es instructivo y que puede tener profundas consecuencias para nuestra propia situación, es la relación evo-

lutiva entre las hormigas cortahojas y un hongo de la familia de los *basidiomicetos*. E. O. Wilson expone su relación:

Al final de la senda las cargadas forrajeras se precipitan en el hormiguero, junto con una muchedumbre de miembros de su colonia, por tortuosos pasadizos que finalizan cerca del nivel del subsuelo acuífero, a una profundidad de cinco metros o más. Las hormigas dejan caer los segmentos de hojas en el suelo de una cámara, donde son recogidas por obreras de un tamaño ligeramente inferior. Éstas las cortan en fragmentos de aproximadamente un milímetro de diámetro. En pocos minutos, son sustituidas por otras hormigas aún más pequeñas, que aplastan los fragmentos y los convierten en húmedas pelotitas que insertan con cuidado en una masa de material semejante. El tamaño de esta masa oscila entre un puño y una cabeza humana, está atravesada por canales y se asemeja a una esponja de baño de color gris. Se trata del huerto de las hormigas; en su superficie crece un hongo simbiótico, que junto con la savia de las hojas conforma el único alimento de las hormigas. El hongo se extiende a guisa de blanca escarcha, hundiéndose su hifa en la pasta de hojas con el fin de digerir la abundante celulosa y proteínas que hay en solución parcial.

Prosigue el ciclo de cultivo. Hormigas obreras, aún más pequeñas que las descritas anteriormente, arrancan fragmentos de hongos y los plantan en superficies preparadas para tal fin. Por último, las obreras más pequeñas —y más abundantes— patrullan los lechos de hongos, tocándolos con delicadeza mediante sus antenas, manteniendo limpias sus superficies, arrancando las esporas y las hifas de las especies de hongos ajenas a su cultivo. Estas enanitas son capaces de viajar a través de los más estrechos canales en el fondo de la masa del cultivo. De vez en cuando, extraen manojos sueltos de hongos y los llevan a sus compañeras mayores.

Ningún otro animal ha desarrollado la habilidad de convertir vegetación fresca en hongos. Este acontecimiento evolutivo sólo se produjo en una ocasión, hace millones de años, en algún lugar de Sudamérica. Esto proporcionó a las hormigas una gran ventaja; hoy en día pueden enviar obreras especializadas a recolectar la vegetación mientras mantienen al resto de la población a buen recaudo en los refugios subterráneos. El resultado ha sido que todas las distintas clases de cortahojas juntas, que comprenden catorce especies del género *Atta* y veintitrés del *Acromyrmex*, dominan una gran parte de los trópicos americanos. Consumen más vegetación que cualquier otro grupo de animales, incluyendo formas que abundan más, como las orugas, grillos, pájaros y mamíferos.²

2. Edward O. Wilson, *Biophilia* (Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1984), pág. 33.

Podemos perdonar a E.O. Wilson, el más destacado representante de la sociobiología, por creer que un animal y un hongo formaran una relación de beneficio mutuo una sola vez en la historia de la tierra. Su descripción de la sociedad de la hormiga cortahojas y su relación con el cultivo de los hongos anticipa e introduce consideraciones básicas en mi esfuerzo de revisión de nuestras propias y complejas relaciones con las plantas. Como veremos, un subproducto del estilo de vida nómada de pastoreo de los humanos fue el aumento de la disponibilidad y uso de los hongos psicoactivos. De un modo semejante a las actividades de cultivo de las hormigas, la pauta de comportamiento de las sociedades humanas nómadas sirvió como un medio eficaz para que algunos hongos ampliaran su ámbito.

UN NUEVO PUNTO DE VISTA SOBRE LA EVOLUCIÓN HUMANA

El primer encuentro entre los homínidos y los hongos que contienen psilocibina puede datarse antes de la domesticación del ganado en África, hace más de un millón de años. Durante este período de un millón de años, los hongos no sólo se recogían y comían sino que posiblemente alcanzaron el *status* de culto. La domesticación del ganado, un gran paso en la evolución cultural humana, al acercar tanto a los humanos al ganado, trajo consigo también un mayor contacto con los hongos, debido a que estos hongos sólo crecen entre los excrementos del ganado. A causa de ello, la codependencia intraespecífica humano-hongo aumentó y mejoró. Fue en esta época cuando nació el ritual religioso y se crearon los calendarios y la magia natural.

Poco después, los humanos tuvieron conocimiento de los hongos «visionarios» de las praderas africanas y, del mismo modo que las hormigas cortahojas, nos volvimos también especies dominantes en nuestra área, y también aprendimos formas de «mantener a la población a buen recaudo en refugios subterráneos». En nuestro caso, estos refugios fueron ciudades valladas.

Al examinar el curso de la evolución humana, algunos observadores atentos han cuestionado la escena que nos presentan los antropólogos físicos. Evolucionar hasta animales superiores lleva un tiempo dilatado que opera en lapsos que raras veces son inferiores al millón de años, y más a menudo de diez millones de años. Pero la aparición de los humanos modernos a partir de los grandes primates —con los espectaculares cambios en el tamaño del cerebro y en el comportamiento— ocu-

rrieron en menos de tres millones de años. Físicamente hablando, en los últimos 100.000 años parece ser que hemos cambiado muy poco. Pero la sorprendente proliferación de culturas, instituciones sociales y sistemas lingüísticos ha sido tan rápida que los modernos biólogos evolucionistas difícilmente pueden dar una explicación al respecto. La mayoría de ellos ni siquiera intenta darla.

En realidad, la ausencia de un modelo teórico no es sorprendente. Desconocemos muchas cosas en relación a la compleja situación que imperaba entre los homínidos antes y durante la época en que los humanos modernos aparecieron en escena. La evidencia fósil y biológica indica claramente que el hombre descende de ancestros primates no muy distintos de las especies de primates que aún existen, aunque es cierto que el *Homo sapiens* pertenece a una clase distinta de los otros miembros de la especie.

Reflexionar sobre la evolución humana, en última instancia, significa reflexionar sobre la evolución de la conciencia humana. ¿Cuáles son, pues, los orígenes de la mente humana? En sus explicaciones, algunos investigadores han adoptado un énfasis principalmente cultural. Señalan nuestras capacidades simbólicas y lingüísticas únicas, nuestro uso de herramientas y nuestra capacidad de almacenar información epigenéticamente en forma de canciones, arte, libros y ordenadores; por lo tanto, de crear no sólo cultura sino también historia. Otros, adoptando un punto de vista más biológico, han acentuado nuestras peculiaridades fisiológicas y neurológicas, englobando el tamaño y complejidad excepcionales del neocórtex humano, una gran parte del cual está dedicado a un complejo procesamiento, almacenamiento y recuperación de información de carácter lingüístico, a su vez asociado con los sistemas motores que gobiernan actividades como el habla y la escritura. Más recientemente, las interacciones de retroalimentación entre la influencia cultural y la ontogenia biológica se han reconocido en algunos desarrollos humanos singulares, como la infancia y adolescencia prolongadas, el retraso en la madurez sexual y la persistencia de muchas características neonatales a lo largo de la vida adulta. Por desgracia, la conjunción de estos puntos de vista no ha llevado aún al reconocimiento del poder conformador sobre el geoma de los constituyentes psicoactivos y fisioactivos de la dieta.

Hace tres millones de años, y mediante una combinación de los procesos citados anteriormente, como mínimo tres especies claramente reconocibles de protohomínidos existían en África del este. Estaban el *Homo africanus*, el *Homo boisei* y el *Homo robustus*. También en esta

época, el omnívoro *Homo habilis*, el primer homínido auténtico, había emergido claramente de una división de especies que también dio pie a dos hombres-mono vegetarianos.

Las praderas se extendieron lentamente. Los primeros homínidos se desplazaron a lo largo de un mosaico de praderas y bosques. Estas criaturas, con cerebros sólo un poco mayores que los de los chimpancés, ya andaban de pie y probablemente acarreaban comida e instrumentos entre terrenos boscosos que seguían explotando para tubérculos e insectos. Sus brazos eran proporcionalmente más largos que los nuestros y poseían una mano más prensil y fuerte. La evolución hasta la postura erecta y la extensión inicial hacia las praderas ocurrió pronto, en un período que oscila entre 9 y 5 millones de años. Por desgracia, no tenemos evidencias fósiles de esta transición temprana.

Los representantes del género de los homínidos ampliaron su dieta original de fruta y pequeños animales añadiéndole raíces subterráneas, tubérculos y bulbos. Un sencillo bastón excavador permitía el acceso a esta fuente de comida antes oculta. Los modernos babuinos de la sabana subsisten principalmente de bulbos de hierba en ciertas estaciones. Los chimpancés añaden grandes cantidades de frijoles a su dieta cuando se aventuran en la sabana. Tanto los babuinos como los chimpancés cazan en cooperación y depredan pequeños animales. Sin embargo, normalmente en la caza no utilizan instrumentos y no hay evidencia de que lo hicieran los primeros homínidos. Entre los chimpancés, babuinos y homínidos, la caza parece ser una actividad de los machos. Los primeros homínidos cazaban ya fuera en cooperación o solos.

Con el *Homo habilis* dio comienzo una expansión repentina y misteriosa del tamaño del cerebro. El cerebro del *Homo habilis* pesaba unos 770 gramos, comparado con los 530 gramos de los homínidos que competían con él. Los siguientes dos millones y cuarto de años constituyeron una evolución rápida y desacostumbrada en el tamaño y complejidad del cerebro. En un período de 750.000 a 1,1 millón de años una nueva clase de homínidos, el *Homo erectus*, se propagó totalmente. El tamaño del cerebro de este nuevo homínido era de 900 a 1.100 gramos. Existen evidencias de que el *Homo erectus* utilizaba herramientas y poseía alguna cultura rudimentaria. En la cueva de Choukoutien, en Sudáfrica, hay evidencias del uso del fuego, junto con huesos calcinados que demuestran que se asaba carne. Se atribuyen al *Homo erectus*, que fue el primer homínido que abandonó África hace aproximadamente un millón de años.

Las antiguas teorías sugieren que los humanos modernos evoluciono-

naron en diferentes lugares a partir del *Homo erectus*. Pero los modernos primatólogos evolutivos aceptan, cada vez más, la noción de que el moderno *Homo sapiens* también nació en África, hace unos 100.000 años, y tuvo una segunda ola migratoria desde ahí al resto del planeta. En la cueva Border y la cueva Klasies River Mouth, en Sudáfrica, hay evidencias de los primeros *Homo sapiens* modernos, que vivían en un entorno combinado de bosques y pradera. En uno de los muchos intentos por comprender esta trascendente transición, Charles J. Lumsden y Edward O. Wilson escriben:

Los ecologistas conductistas han conformado gradualmente una teoría para explicar por qué se consiguió el avance hacia una postura erecta, postura que da cuenta de muchas de las características biológicas más distintivas del hombre moderno. Los primeros hombres-mono se trasladaron de los bosques tropicales a unos hábitats estacionales más abiertos, en los que se comprometieron a una existencia exclusivamente territorial. Construyeron campamentos-base y se tornaron dependientes de una división del trabajo, en la que algunos individuos, probablemente las hembras, eran menos nómadas y dedicaban más tiempo a cuidar de los jóvenes; otros, principalmente o exclusivamente los machos, se dispersaron más en busca de presas animales. La condición de bípedo confirió una gran ventaja en la locomoción en terreno abierto. Liberó también los brazos, permitiendo a los ancestrales hombres-mono el uso de herramientas y poder cargar con animales muertos y otros alimentos de vuelta al campamento-base. El hecho de compartir los alimentos y otras formas asociadas de reciprocidad se convirtió en proceso básico de la vida social de los hombres-mono. A ello se añadieron unos lazos sexuales más dilatados y el aumento de la sexualidad, que se pusieron al servicio de la crianza de los jóvenes. Muchas de las formas más emblemáticas del comportamiento social humano son el producto de esta compleja red adaptativa.³

Un tipo de homínido superior siguió a otro en el laboratorio evolutivo africano y, empezando con el *Homo erectus*, representantes de cada tipo se distribuyeron a lo largo de las tierras eurasiáticas en los períodos interglaciares. En cada glaciación, la migración fuera de África se contuvo; los nuevos homínidos se «cocieron» en el ambiente africano con fuerzas de mutación extremas, fruto de dietas exóticas y provocadas por el clima, lo que aumentó la selección natural.

3. Charles J. Lumsden y Edward O. Wilson, *Promethean Fire: Reflections on the Origin of Mind* (Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1983), pág. 12.

Al final de estos tres millones de años, verdaderamente claves en la evolución de las especies humanas, el tamaño del cerebro humano se había ¡triplicado! Lumsden y Wilson lo consideran «quizás el avance más rápido registrado en un órgano complejo en toda la historia de la vida». ⁴ Este importante ritmo de cambio evolutivo en un órgano primario de una especie sugiere la presencia de presiones selectivas extraordinarias.

Puesto que los científicos eran incapaces de explicar esta triplicación del tamaño del cerebro humano en tan corto período de tiempo evolutivo, alguno de los primeros paleontólogos de primates y teóricos de la evolución predijeron y buscaron evidencias de esqueletos de transición. Hoy en día, la idea del «eslabón perdido» ha sido ampliamente abandonada. El bipedalismo, la visión binocular, el pulgar oponible, el brazo lanzador, todos ellos se han citado como el ingrediente clave en el combinado que hizo que los humanos autorreflexivos cristalizaran en el crisol de los tipos y estrategias de los homínidos en competición. Pero todo lo que realmente sabemos es que el cambio en el tamaño del cerebro se vio acompañado por transformaciones importantes en la organización social de los homínidos. Éstos se convirtieron en usuarios de herramientas, fuego y lenguaje. Iniciaron su proceso como animales superiores y emergieron de él hace 100.000 años como individuos conscientes y autoconscientes.

EL AUTÉNTICO ESLABÓN PERDIDO

Mi argumento es que la mutación producida por componentes psicoactivos en la dieta humana temprana influyó directamente en la rápida reorganización de las capacidades de procesamiento de la información del cerebro. Los alcaloides de las plantas, particularmente los compuestos alucinógenos como la psilocibina, dimetiltriptamina (DMT) y harmalina, pueden ser los factores químicos de la dieta protohumana que catalizaran la emergencia de la autoconciencia humana. La acción de los alucinógenos, presentes en muchas plantas comunes, mejoró nuestra facultad de procesar la información o sensibilidad ambiental, y por lo tanto contribuyó a la repentina expansión del tamaño del cerebro humano. En un estadio posterior de este mismo proceso, los alucinógenos actuaron como catálisis en el desarrollo de la imaginación, ali-

4. Ibid., pág. 15

mentando la creación de estratagemas internas y posibilidades que quizá concordaron con la emergencia del lenguaje y la religión.

En investigaciones hechas a finales de los años sesenta, Roland Fischer dio pequeñas cantidades de psilocibina a estudiantes graduados y luego midió su habilidad para detectar el instante en que líneas antes paralelas se unían. Descubrió que la habilidad en esta tarea particular mejoraba tras tomar pequeñas dosis de psilocibina.⁵

Cuando discutí estos descubrimientos con Fischer, sonrió, tras explicarme sus conclusiones, y luego resumió: «Lo que es concluyente es que en ciertas circunstancias uno está realmente mejor informado con respecto al mundo real si ha tomado drogas que si no lo ha hecho». Su gracioso comentario me chocó, primero como anécdota académica, luego como un intento por su parte de comunicarme algo profundo. ¿Qué consecuencias tendría para la teoría de la evolución admitir que algunos hábitos químicos confieren ventajas adaptativas y, por lo tanto, se inscriben profundamente en el comportamiento e incluso en el genoma de algunos individuos?

TRES GRANDES PASOS PARA EL GÉNERO HUMANO

Al tratar de responder a esta pregunta he dibujado un escenario, algunos lo llamarán una fantasía; se trata del mundo tal como se ve desde la posición estratégica de una mente para la que los milenios son sólo estaciones, una visión a la que me han llevado años de reflexión sobre estos temas. Imaginémos por un instante que estamos fuera del emergente enjambre de genes que es la historia biológica, y que podemos ver las consecuencias, que realmente debieron ser demasiado lentas como para que las advirtieran nuestros ancestros, de la interacción de los cambios en la dieta y en el clima. El escenario que se despliega incluye los efectos interrelacionados y mutuos de la toma de psilocibina en tres niveles distintos. Singular en lo que hace referencia a sus propiedades, la psilocibina es la única sustancia, según mi punto de vista, que puede ofrecernos este escenario.

En el primer nivel —bajo— de uso se produce el efecto descrito por Fischer: pequeñas cantidades de psilocibina, consumidas sin tener conciencia de su psicoactividad, en el marco del acto común de recogida

5. Roland Fischer, *et al.*, «Psilocibyn-Induced Contraction of Nearby Visual Space», *Agents and Actions* 1, n. 4 (1970): 190-197.

de alimentos —y después quizá consumida de un modo consciente—, producen un importante aumento de la agudeza visual en particular en la detección de límites. La agudeza visual es una ventaja entre los cazadores-recolectores. El descubrimiento del equivalente de «binoculares químicos» no podía dejar de tener un impacto en el éxito en la caza y en la recolección para aquellos individuos que consiguieran dicha ventaja. Grupos comunitarios que incluyeran a individuos que mejoraran su visión tendrían más éxito a la hora de alimentar a su descendencia. Al aumentar la comida disponible, la descendencia de estos grupos tendría más probabilidades de alcanzar una edad de reproducción. En dicha situación, la falta de reproducción (o su disminución) en los grupos que no utilizaran la psilocibina sería una consecuencia natural.

Al ser la psilocibina un estimulante del sistema nervioso central, cuando se toman dosis ligeramente superiores, tiene tendencia a producir agitación y estimulación sexual. Por lo tanto, en este segundo nivel de uso, al aumentar las posibilidades de copulación, el hongo favorece directamente la reproducción humana. La tendencia a regular y programar la actividad sexual en el seno del grupo, vinculándola a un ciclo lunar de disponibilidad de hongos, puede que fuera un primer paso importante hacia el ritual y la religión. Por supuesto, en el tercer nivel, de altas dosis, los aspectos religiosos estarían en la vanguardia de la conciencia de la tribu, sencillamente debido al poder y la extrañeza de la experiencia en sí misma.

Por lo tanto, el tercer nivel es el nivel de la total apertura del éxtasis chamánico. La intoxicación mediante la psilocibina es un éxtasis cuya esencia y profundidad desafían la descripción. Es completamente Otro y no menos misterioso para nosotros de lo que fue para nuestros ancestros comedores de hongos. La cualidad de disolver los límites, propia del éxtasis chamánico, predispuso a los grupos tribales que utilizaban los alucinógenos a establecer vínculos comunitarios y actividades sexuales en grupo, lo que promovió la mezcla genética, una tasa mayor de nacimientos y un sentido de la responsabilidad comunal por parte de la prole del grupo.

Fuera cual fuera la dosis en que se utilizaran, los hongos poseían la propiedad mágica de conferir ventajas adaptativas a sus usuarios arcaicos y a su grupo. Aumento de la agudeza visual, estímulo sexual y acceso a lo Otro trascendente, llevaron al éxito a la hora de conseguir alimentos, poder sexual y resistencia, abundancia de descendencia y acceso a los reinos del poder sobrenatural. Todas estas ventajas pueden

autorregularse fácilmente mediante la manipulación de la dosis y la frecuencia de la ingestión. El capítulo cuarto detallará la importante propiedad de la psilocibina de estimular la capacidad del cerebro en la formación del lenguaje. Su poder es tan extraordinario que la psilocibina puede considerarse la catálisis del desarrollo humano del lenguaje.

UNA CLARA UTILIZACIÓN DE LAMARCK

Se presenta inevitablemente una objeción a estas ideas que debemos afrontar. Esta escena de la evolución humana puede oler a lamarckismo, el cual teoriza que las características adquiridas por un organismo a lo largo de su vida pueden traspasarse a su progenie. El ejemplo clásico es decir que las jirafas gozan de cuellos largos al haberlos ido estirando con el fin de alcanzar las ramas altas. Esta idea sencilla y de sentido común es un anatema total entre los neodarwinistas, que son quienes dominan hoy la teoría de la evolución. Su posición es la de que las mutaciones se producen totalmente al azar, y que sólo tras la expresión de éstas como rasgos del organismo la selección natural, de un modo inconsciente y desapasionado, lleva a cabo su función de preservar a aquellos individuos a los que se ha conferido una ventaja adaptativa.

Su objeción puede plantearse del modo siguiente: aunque los hongos pudieran habernos proporcionado al ingerirlos unas mejores características de visión, sexo y lenguaje, ¿de qué modo estas ventajas hubieran pasado al genoma y se hubieran convertido en innatas para los humanos? Ventajas no genéticas del funcionamiento de un organismo producidas por agentes externos atrasan los depósitos genéticos correspondientes de estas ventajas volviéndolas innecesarias. Dicho de otro modo, si un metabolito resulta común en la comida disponible, no existirá presión para desarrollar un rasgo de expresión endógena del metabolito. La utilización de los hongos creará por tanto individuos con menor agudeza visual, facilidad lingüística y conciencia. La naturaleza no proporcionará estas ventajas por medio de la evolución orgánica, puesto que la inversión metabólica requerida para sostenerlos no vale la pena, en relación a la pequeña inversión metabólica requerida para comer hongos. ¿Cómo, pues, las modificaciones producidas por los hongos pasaron al genoma?

La respuesta más directa a esta objeción, que no requiere la defensa de las ideas de Lamarck, es que la presencia de la psilocibina en la dieta homínida cambió los parámetros del proceso de la selección natural,

al cambiar los patrones de comportamiento sobre los que operaba la selección. La experimentación con muchas clases de comida produjo un aumento general en el número de mutaciones al azar que se ofrecieron al proceso de la selección natural, mientras que el aumento de la agudeza visual, el uso del lenguaje y la actividad ritual mediante el uso de psilocibina representaban nuevos comportamientos. Uno de estos nuevos comportamientos, el uso del lenguaje, antes únicamente un rasgo marginal importante, se convirtió de pronto en muy útil en el contexto de los nuevos estilos de caza y recolección. Por lo tanto, la inclusión de la psilocibina en la dieta cambió los parámetros del comportamiento humano en favor de patrones de actividad que promovieron el aumento del lenguaje; la adquisición del lenguaje llevó a más vocabulario y a un aumento de la capacidad de la memoria. Los individuos que utilizaban psilocibina desarrollaron reglas epigenéticas o formas culturales que les permitieron sobrevivir y reproducirse mejor que los otros individuos. Finalmente, los estilos de comportamiento basados en los que habían tenido más éxito epigenéticamente se extendieron en las poblaciones junto con los genes que los reforzaban. De este modo, la población evolucionó genética y culturalmente.

Por lo que hace referencia a la agudeza visual, quizá la amplia necesidad de lentes correctivas entre los humanos modernos sea un legado del dilatado período de mejora «artificial» de la visión por medio del uso de la psilocibina. Después de todo, la atrofia de las capacidades olfativas de los seres humanos, según cierta escuela, se debe a una necesidad de los omnívoros hambrientos de tolerar olores y sabores muy fuertes, incluyendo tal vez la carroña. Cosas de este tipo son comunes en la evolución. La eliminación de la agudeza del sabor y el olfato debió permitir incluir comidas en la dieta que de otro modo se hubieran abandonado por ser «demasiado fuertes». O quizás indique algo más profundo acerca de la relación evolutiva con la dieta. Mi hermano Dennis ha escrito:

La aparente atrofia del sistema olfativo humano puede representar un cambio funcional de un conjunto de primitivos cromorreceptores directos y externos a una función reguladora interna. Esta función puede vincularse al control del sistema humano de feromonas, que está controlado por la glándula pineal y que media, en un nivel subliminal, gran cantidad de interacciones psicosexuales y psicosociales entre los individuos. La pineal tiene tendencia a suprimir el desarrollo gonadal y la puesta en marcha de la pubertad, entre otras funciones, y este mecanismo puede tener una función en la persistencia de las características neo-

natales de la especie humana. La maduración retrasada y la infancia y adolescencia prolongadas tienen una función crítica en el desarrollo neurológico y psicológico del individuo, puesto que proporcionan las circunstancias que permiten el desarrollo posnatal del cerebro en los años tempranos, formativos, de la niñez. Los estímulos simbólicos, cognitivos y lingüísticos que el cerebro experimenta en este período son básicos para su desarrollo, y son los factores que nos convierten en estos seres singulares, conscientes, manipuladores de signos y usuarios del lenguaje que somos. Las aminas neuroactivas y los alcaloides de la dieta de los primeros primates quizá tuvieron una función en la activación bioquímica de la glándula pineal y las adaptaciones que siguieron a ello.⁶

GUSTOS ADQUIRIDOS

Los humanos se sienten a la vez atraídos y repelidos por sustancias cuyo sabor roza los límites de lo aceptable. La comida con muchas especias, amarga o aromática, nos produce reacciones muy fuertes. Decimos al hablar de estas comidas que uno debe tener «un gusto adquirido» para ellas. Ello es verdad en comidas como ciertos quesos o el escabeche, pero es también cierto, y en mayor medida, cuando se trata de drogas. Recordar el primer cigarrillo o el primer trago de *bourbon* es recordar un organismo que rechaza con violencia la adquisición de un sabor particular. Repetir la experiencia parece ser la clave para adquirir un sabor, lo que sugiere que el proceso es complejo e implica una adaptación tanto bioquímica como en la esfera del comportamiento.

Lo que estamos diciendo empieza a sonar sorprendentemente parecido al proceso de la adicción a las drogas. Algo ajeno al cuerpo se sigue introduciendo en éste de modo consciente. El cuerpo se acomoda al nuevo régimen químico, y luego hace algo más que acomodarse; acepta el nuevo régimen químico como correcto y adecuado y da señales de alarma si este régimen se ve amenazado. Estas señales pueden ser tanto psicológicas como fisiológicas, y se experimentarán cuando el nuevo ambiente químico en el seno del cuerpo peligre por alguna razón, incluyendo una decisión voluntaria de abandonar el uso del producto químico en cuestión.

Entre el amplio número de compuestos químicos que constituyen

6. Dennis McKenna, «Hallucinogens and Evolution». Seminario transcrito, dado en 1984, Esalen, pág. 2.

el almacén molecular de la naturaleza, hemos hablado de un número relativamente pequeño de compuestos que interactúan con los sentidos y el procesamiento neurológico de datos sensoriales. Estos compuestos incluyen todas las aminas psicoactivas, los alcaloides, las feromonas y los alucinógenos; o sea, todos los compuestos que pueden interactuar con cualquiera de los sentidos que van del gusto y el olfato a la visión y la audición, así como combinaciones de todos ellos. Adquirir un gusto por estos compuestos, la adquisición de un hábito reforzado comportamental y psicológicamente, es lo que define el síndrome básico de adicción química.

Estos compuestos tienen la gran habilidad de recordarnos a la vez nuestra fragilidad y nuestra tendencia hacia lo extraordinario. Las drogas, como la realidad, parecen estar hechas para confundir a aquellos que buscan límites claros y una división sencilla del mundo en el blanco y el negro. El modo en que afrontemos la definición de nuestras futuras relaciones con estos compuestos y con las dimensiones del peligro y la oportunidad que nos ofrecen, dirá la última palabra sobre nuestro potencial de supervivencia y evolución como especie consciente.

CAPÍTULO

3

La búsqueda del Árbol original del Conocimiento



Abandonó el confuso parpadeo del grupo del fuego y dio unos pocos pasos para buscar agua. El sonido de su voz era profundo y provenía de la garganta. *Nee nee nee nee neeh*. La Que Nos Alimenta parecía particularmente fuerte en esta noche de luna llena. Sobrecogido por el panorama transformado por la intoxicación y la luna llena, caminó más lejos de los ruidos de la escena doméstica.

El *hekuli* estaba cerca, podía sentirlo. Cuando tuvo este pensamiento se le erizó el pelo del pescuezo. Se produjo un sonido semejante al movimiento de semillas en una calabaza. Entonces vio al *hekuli*; semejaba una flor incandescente, la boca o el esfínter colgando del espacio. Y había otros tras él; girando suavemente en la oscuridad, algunos de una forma, otros de otra distinta. Se le acercaron como un grupo de curiosas medusas. Se produjo una blanda explosión de líquido cuando la más cercana le alcanzó y le atravesó. En este instante, el interior de su cabeza llameó con una luz rosada semejante al alba y se vio invadido por la presencia de la cosa. Las impresiones se sucedieron con demasiada rapidez como para comprenderlas. El tiempo desapareció. Superfluidos de helada ágata parecían precipitarse a través de grandes caminos que se desbordaban. Tuvo la sensación de lanzarse feliz él mismo a la muer-

te en una suerte de salvaje paroxismo orgásmico de autoafirmación. Una inarticulada burbuja de emotiva absorción llegó hasta sus labios. Las lágrimas corrieron por sus mejillas. Había dicho antes las palabras. Pero nunca antes las había dicho y comprendido de esta forma. *¡Ta vodos! ¡Ta vodos! ¡Soy! ¡Soy!*

LOS ALUCINÓGENOS COMO AUTÉNTICO ESLABÓN PERDIDO

La noción que estamos explorando en esta obra es la de que una familia particular de compuestos químicos activos, los alucinógenos indólicos, tuvieron una función importante en la emergencia de nuestra humanidad esencial; en la característica humana de la autorreflexión. Es importante, por lo tanto, saber cuáles son estos compuestos y las funciones que tienen en la naturaleza. La característica básica de estos alucinógenos es estructural: todos ellos tienen un grupo pentóxido de cinco facetas asociado con el más conocido anillo bencénico (véase la figura 28 de la página 317). Esos anillos moleculares hacen que los indoles sean muy reactivos químicamente, y por lo tanto son moléculas ideales para la actividad metabólica en el mundo de alta energía de la vida orgánica.

Los alucinógenos pueden ser psicoactivos y/o fisiológicamente activos, y pueden tener como objetivo muchos sistemas en el seno del cuerpo. Algunos indoles son endógenos al cuerpo humano, siendo un buen ejemplo de ello la serotonina. La mayoría son exógenos, se encuentran en la naturaleza y en las plantas que podemos comer. Algunos actúan a guisa de hormonas y regulan el crecimiento o el índice de madurez sexual. Otros influyen en el humor y el estado de alerta. Las familias indólicas de compuestos que son alucinógenos fuertemente visionarios y que también están en las plantas son cuatro:

1. *Los compuestos de tipo LSD.* Se encuentran en tres géneros afines de dondiego de día y del cornezuelo del centeno; los alucinógenos del LSD son infrecuentes en la naturaleza. Que son los más conocidos de los alucinógenos es algo incuestionable por el hecho de que millones de dosis de LSD se manufacturaron y vendieron en la década de los sesenta. El LSD es un psicodélico, pero son necesarias grandes dosis para producir el alucinógeno *paradis artificial* de alucinaciones vividas y completamente transmundanas, que el DMT y la psilocibina producen en dosis más tradicionales. Sin embargo, muchos investigadores han recalcado la importancia de los efectos no alucinatorios del LSD y otros psi-

codélicos. Estos efectos incluyen una sensación de expansión mental y un aumento de la velocidad del pensamiento; la habilidad para entender y relacionarse con complejas alternativas de comportamiento, pautas vitales y complejas redes decisorias emparentadas.

El LSD sigue manufacturándose y vendiéndose en mayores cantidades que cualquier otro alucinógeno. Se ha mostrado útil en la psicoterapia y en el tratamiento del alcoholismo crónico: «Donde sea que se ha probado, en cualquier lugar del mundo, ha demostrado ser un tratamiento interesante para una vieja enfermedad. Ninguna droga ha sido capaz de igualar su récord a la hora de salvar las atormentadas vidas de los alcohólicos, directamente como tratamiento o indirectamente como medio que ofrece valiosa información».¹ Pero a consecuencia de la histeria de los medios de comunicación su potencial quizá no llegue a conocerse nunca.

2. *Los alucinógenos triptamínicos, en particular el DMT, la psilocina y la psilocibina.* Los alucinógenos triptamínicos se encuentran en las familias de las plantas superiores, por ejemplo en las legumbres, y la psilocina y la psilocibina en los hongos. El DMT también se encuentra en forma endógena en el cerebro humano. Por esta razón, quizás el DMT no deba considerarse una droga, pero la intoxicación por DMT es la más honda y espectacularmente visual producida por los alucinógenos visionarios, sorprendente por la brevedad de su acción, intensidad y falta de toxicidad.

3. *Los betacarbolinos.* Los betacarbolinos, como la harmina y la harmalina, pueden ser alucinógenos cuando están cerca de los niveles tóxicos. Son importantes para el chamanismo visionario, puesto que pueden inhibir los sistemas enzimáticos del cuerpo, que de otro modo harían descender la potencia de los alucinógenos del tipo DMT. Por lo tanto, los betacarbolinos pueden utilizarse en combinación con el DMT para prolongar e intensificar las alucinaciones visuales. Esta combinación es la base del brebaje alucinógeno *ayahuasca* o *yagé*, utilizado en el área amazónica. Los betacarbolinos son legales y hasta hace muy poco eran desconocidos para el público en general.

4. *La familia de las sustancias de la ibogaina.* Dichas sustancias se encuentran en dos géneros afines de árboles de África y Sudamérica, *Tabernanthe* y *Tabernamontana*. *Tabernanthe iboga* es un pequeño arbusto florido relacionado con el café, que tiene un historial de uso como alucinógeno en el África tropical oriental. Sus compuestos activos tienen una estructura similar a los betacarbolinos. La ibogaina se conoce más como poderoso afrodisíaco que como alucinógeno. Sin embargo, en dosis suficientes es capaz de inducir una poderosa experiencia visionaria y emocional.

1. A. Hoffer y H. Osmond, *New Hope for Alcoholics* (Nueva York: University Books, 1968).

Estos pocos párrafos numerados quizá contengan la información más importante e interesante que los seres humanos hayan recogido sobre el mundo natural desde el olvidado día del nacimiento de la ciencia. Más inestimable que las noticias sobre el antineutrino, más esperanzador para la humanidad que la detección de nuevos quasars, es el conocimiento de que ciertas plantas, ciertos compuestos, abren umbrales olvidados a mundos de experiencia inmediata que asombran a nuestra ciencia y, por lo tanto, también a nosotros. Esta información, bien entendida y bien aplicada, puede convertirse en la brújula que nos devuelva al mundo paradisíaco de nuestros orígenes.

BUSCANDO EL ÁRBOL DEL CONOCIMIENTO

Con el fin de comprender qué alucinógenos indólicos y qué plantas se han visto casualmente involucradas en la emergencia de la conciencia, hemos de recordar algunas cosas importantes.

La planta que buscamos debe ser africana, puesto que existe una evidencia abrumadora de que los humanos hicieron su aparición en África. Más concretamente, dicha planta africana debe ser originaria de las praderas, pues éste es el lugar en el que nuestros nuevos ancestros omnívoros aprendieron a adaptarse, coordinaron su bipedalismo y perfeccionaron los métodos de señalización.

La planta no debe tener que prepararse; debe ser activa en su estado natural. Suponer lo contrario es dar pábulo a la incredulidad; mezclas, drogas compuestas, extractos y concentraciones pertenecen a estadios culturales posteriores, cuando la conciencia humana y el uso del lenguaje estaban bien establecidos.

La planta debía estar constantemente a disposición de una población nómada, ser abundante y fácilmente visible.

La planta debe conferir beneficios tangibles e inmediatos a los individuos. Sólo de este modo la planta se mantendría como parte de la dieta homínida.

Estos requisitos reducen de un modo espectacular el número de candidatos. África tiene escasez de plantas alucinógenas. Esta escasez y por contraste, la sobreabundancia de dichas plantas en los trópicos del Nuevo Mundo nunca se ha explicado satisfactoriamente. ¿Puede ser una simple coincidencia el hecho de que cuanto más un ambiente se vea expuesto a la presencia de los seres humanos, menos alucinógenos originales y menos géneros de plantas contenga? El África actual casi no

posee plantas originales que sean buenas candidatas para la catálisis de la conciencia entre los homínidos en evolución.

La pradera tiene menos especies de plantas que la selva. Debido a esta escasez, es muy probable que un homínido probara cualquier planta que encontrara en la pradera por su potencial como alimento. El eminente geógrafo Carl Saur piensa que no existió algo como la pradera natural. Sugiere que las praderas eran artefactos humanos, resultado del impacto acumulativo de los incendios estacionales. Basó su argumento en el hecho de que todas las especies de la pradera podían hallarse en el sustrato de las selvas, mientras que un gran porcentaje de las especies de la selva no se encontraban en las praderas. Saur concluyó que las praderas son tan recientes que deben contemplarse como concomitantes con el nacimiento del uso del fuego en las poblaciones humanas.²

ELIMINANDO CANDIDATOS

Hoy únicamente la religión bwiti, entre los fang de Gabon y el Zaire, puede considerarse como culto alucinógeno africano auténtico. Posiblemente la planta que utilizan, *Tabernanthe iboga*, puede que tuviera alguna influencia en los hombres prehistóricos. Sin embargo, no existe evidencia de su uso antes del siglo XIX. Por ejemplo, los portugueses nunca la mencionaron, a pesar de tener un largo historial de comercio y exploración en el África oriental. Esta falta de evidencia es de difícil explicación, si uno cree que el uso de la planta es muy antiguo.

Si lo analizamos sociológicamente, bwiti es una fuerza no sólo para la cohesión del grupo, sino también para mantener juntos a los matrimonios. Históricamente, el divorcio es una fuente crónica de ansiedad grupal entre los fang. Ello se debe al hecho de que el divorcio se obtiene con facilidad, pero una vez conseguido, le siguen negociaciones complejas y potencialmente caras con la familia de la pareja con respecto al retorno de una parte de la dote.³ Quizás la iboga, al ser un alucinógeno, active una feromona que promueva el vínculo de pareja. Su reputación de ser un afrodisíaco puede relacionarse de un modo parcial con su ascenso como vinculante de la pareja.

La planta es un arbusto de talla media, que no es originaria de las

2. Carl Saur, *Man's Impact on the Earth* (Nueva York: Academic Press, 1973).

3. James W. Fernández, *Bwiti: And Ethnography of the religious Imagination in Africa* (Princeton University Press, 1982).

praderas sino de las selvas tropicales. Pocas veces se encuentra si no es en cultivo.

Debido a los contactos de Europa con el África tropical, la iboga se convirtió en el primer indol que se puso de moda en Europa. Los tónicos fabricados con el extracto completo de la planta se hicieron muy populares en Francia y Bélgica después de que la iboga se conociera públicamente en la Exposición de París de 1867. Este tosco extracto se vendió en Europa como Lambarene, una cura para todo, desde la neurastenia a la sífilis y, por encima de todo, como afrodisíaco.

El alcaloide no se aisló hasta 1901. La ola inicial de investigación que le siguió parecía prometedora. Se habló de una posible cura para la impotencia masculina. Pero la ibogaina, una vez químicamente clasificada, fue olvidada con rapidez. Aunque no se estableció evidencia alguna sobre su peligrosidad o adictividad, el compuesto se situó en la escala I, la categoría más controlada y restrictiva, en los Estados Unidos, haciendo difíciles futuras investigaciones. La ibogaina sigue permaneciendo hoy en día prácticamente sin estudiar entre los seres humanos.

Lo que sabemos del culto iboga lo hemos aprendido de los trabajos de campo de los antropólogos. Los filamentos de la raíz de las plantas se toman en cantidades enormes. Entre los fang se cree que adquirieron esta costumbre durante una larga migración de siglos, en la que estuvieron durante un tiempo cerca del pueblo pigmeo, que les enseñó el poder espiritual que mora en bwiti. La corteza de la raíz de la planta *Tabernanthe iboga* contiene la parte psicoactiva de la planta. Según los fang, se han de comer muchos gramos de esta parte de la raíz con el fin de «abrir la cabeza». Menores cantidades son, por lo tanto, efectivas para el resto de la vida de una persona.

Aunque el culto iboga es muy interesante, no creo que la iboga fuera la catálisis de la conciencia de los humanos en evolución. Como ya he dicho, no se ha demostrado que se usara desde antaño, y no se trata de una planta propia de la pradera. Además, a pequeñas dosis disminuye la visión ordinaria, dando pie a imágenes superpuestas, halos y «estrellas» visuales.

En África no se conoce el uso de plantas que contengan compuestos del tipo LSD. No existe ningún ejemplo llamativo de plantas ricas en estos compuestos.

Peganum harmala, la gigantesca ruda de Siria, es rica en la beta-carbolina harmina, y actualmente se encuentra en estado salvaje en las zonas áridas del norte del África mediterránea. Sin embargo, no hay

constancia de su uso en África como alucinógeno, y en cualquier caso debe concentrarse y/o combinarse con DMT para activar su potencial visionario.⁴

LA PLANTA PRIMIGENIA

Nos hemos quedado, por eliminación, con el tipo de alucinógenos triptamínicos: psilocibina, psilocina y DMT. En una zona de pradera estos compuestos podríamos encontrarlos ya sea en un hongo de los excrementos (coprófilo) que contenga psilocibina, o en una hierba conteniendo DMT. Pero si el DMT no era en extracto y concentrado, algo que estaba más allá de la capacidad técnica de los primeros seres humanos, estas hierbas nunca podían proporcionar suficiente cantidad de DMT para suministrar un alucinógeno efectivo. Por un proceso de eliminación, hemos llegado a la sospecha de que debía estar implicado un hongo.

Cuando nuestros ancestros remotos bajaron de los árboles y pasaron a las praderas, cada vez con mayor frecuencia se encontraron con bestias de pezuña que comían vegetación. Estas fieras se convirtieron en la fuente principal del sustento potencial. Nuestros ancestros también dieron con el estiércol de este mismo ganado salvaje y los hongos que en él crecían.

Varios de estos hongos de las praderas contienen psilocibina: especies de *Panaeolus* y *Stropharia cubensis*, también denominada *Psilocybe cubensis* (véase la figura 1). Esta última es el conocido «hongo mágico», cultivado actualmente por entusiastas de todo el mundo.⁵

De todas estas especies de hongo, sólo la *Stropharia cubensis* contiene psilocibina en cantidades concentradas y está libre de los compuestos que producen náuseas. Sólo ella es pandémica; se encuentra en las regiones tropicales, por lo menos donde haya ganado de cebú (*Bos indicus*). Ello plantea un gran número de preguntas. ¿La *Stropharia cubensis* se encuentra exclusivamente en el estiércol del cebú o puede encontrarse en el estiércol de otra clase de ganado? ¿Cómo ha llegado recientemente a sus distintos hábitats? El primer espécimen de *Psilocy-*

4. Gracie y Zarkov, «An Indo-European Plant Teacher», *Notes from Underground* 10 (Berkeley).

5. O.T. Oss y O. N. Oeric, *Psilocybin: The Magic Mushroom Grower's Guide* (Berkeley: Lux Natura Press, 1986).

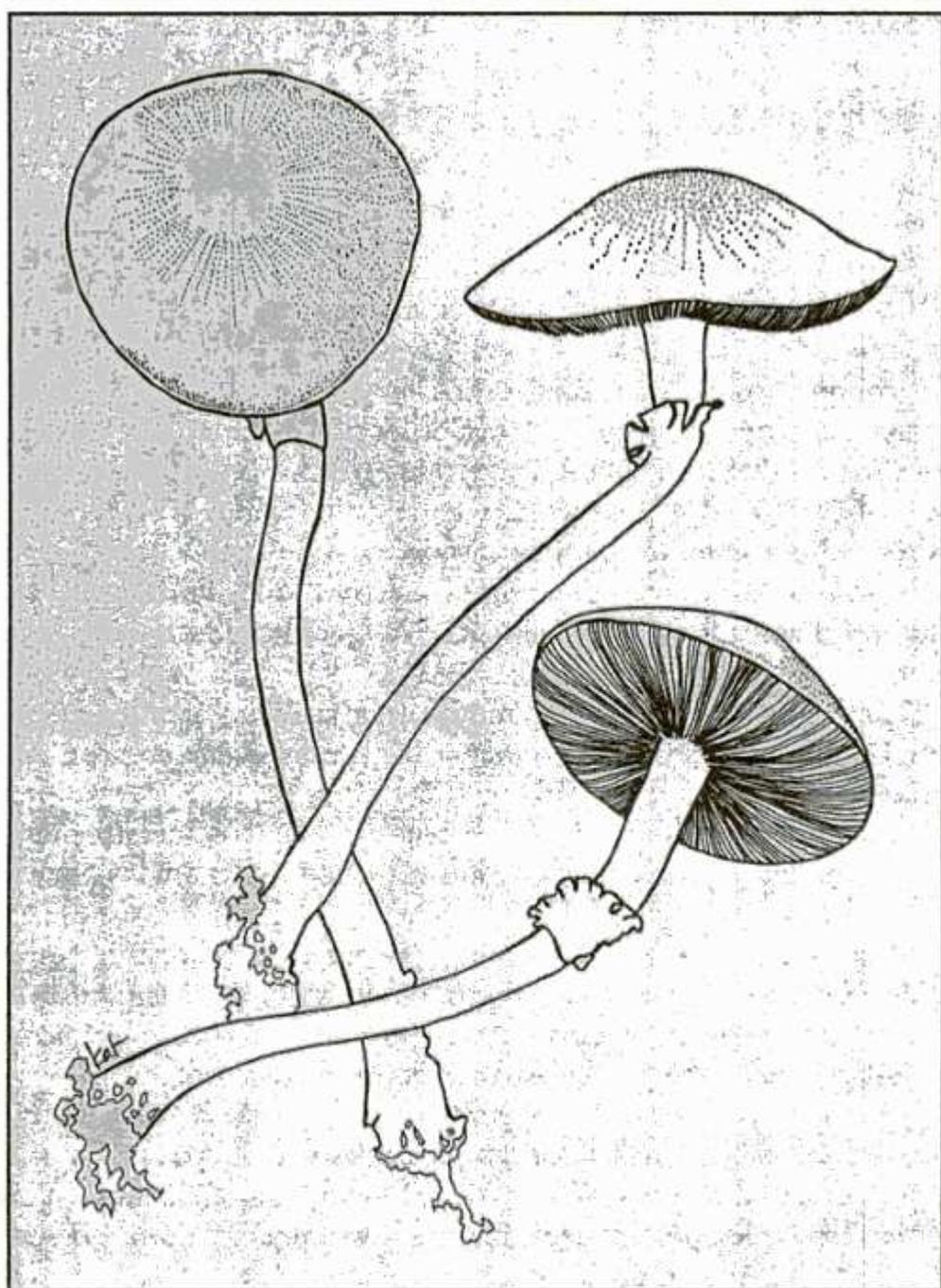


FIGURA 1. *Stropharia cubensis*. Llamada también *Psilocybe cubensis*. Dibujo taxonómico de Kat Harrison-McKenna. Tomado de O.T. Oss y O.N. Oeric, *Psilocybin: The Magic Mushroom Grower's Guide* (Berkeley: Lux Natura Press, 1986), pág. 12.

be cubensis fue recogido por el botánico americano Earle en Cuba en 1906, pero el pensamiento botánico actual sitúa su lugar de origen en el sudeste asiático. En una excavación arqueológica de Tailandia, en un lugar denominado Non Nak Tha, que se ha fechado 15.000 años a.C., los huesos del ganado de cebú se han hallado coexistiendo con tumbas humanas. La *Stropharia cubensis* es actualmente frecuente en el área de Non Nak Tha. La zona de Non Nak Tha sugiere que el uso de hongos era una característica que surgió donde sea que las poblaciones humanas y el ganado evolucionaron juntos.

Una amplia evidencia sostiene la noción de que la *Stropharia cubensis* es la planta primigenia, nuestro cordón umbilical con la mente femenina del planeta, que durante los años en que se celebraba su culto, el culto paleolítico de la Gran Diosa provista de cuernos, nos comunicaba tal conocimiento que éramos capaces de vivir en equilibrio dinámico con la naturaleza, con los demás y con nosotros mismos. El uso de hongos alucinógenos evolucionó como una clase de hábito natural con consecuencias evolutivas y en el marco del comportamiento. Esta relación entre los seres humanos y los hongos debió de incluir también al ganado, el creador de la única fuente de hongos.

Esta relación, probablemente, en conjunto no tiene más de un millón de años, puesto que la era de los cazadores nómadas data de esa época. Los últimos 100.000 años es una cantidad de tiempo probablemente más que generosa para permitir la evolución del pastoreo a partir de sus primeros balbuceos. Dado que la relación completa se alarga a no más de un millón de años, no estamos hablando de una simbiosis biológica, que tardaría muchos millones de años en evolucionar. Por el contrario, estamos hablando de una costumbre muy enraizada, un hábito natural muy poderoso.

Sea el que sea el nombre que le demos a la interacción humana con el hongo *Stropharia cubensis*, no se ha tratado de una relación estática, sino de una relación dinámica, a través de la cual hemos sido propulsados a cada vez más altos niveles culturales de autoconciencia individual. Considero que el uso de hongos alucinógenos en las praderas africanas nos da el modelo para todas las religiones que siguieron. Y cuando, tras muchos siglos de olvido, migración y cambio de clima, el conocimiento del misterio se perdió finalmente, en nuestra angustia trocamos el compañerismo por la dominación, sustituimos la armonía con la naturaleza por la violación de ésta y cambiamos la poesía por los sofismas de la ciencia. En resumen, canjeamos nuestro patrimonio como compañeros en el drama de la mente viva del planeta por los fragmen-

tos de la olla rota de la historia, guerras, neurosis, y —si no nos despertamos pronto de nuestro apuro— catástrofes planetarias.

¿QUÉ SON LAS PLANTAS ALUCINÓGENAS?

A la luz de su supuesta importancia para la evolución humana, es natural preguntarse qué función cumplen realmente los mutágenos y otros subproductos secundarios en las plantas en las que se encuentran. Es un misterio botánico que sigue produciendo, incluso actualmente, controversias entre los biólogos evolucionistas. Se ha sugerido que los compuestos bioactivos y tóxicos se producen en las plantas con la finalidad de hacerlas desagradables al gusto y por lo tanto indeseables como alimento. También se ha sugerido, a la inversa, que estos compuestos se desarrollaron para atraer a insectos o pájaros con el fin de que llevaran a cabo la polinización y distribución de semillas.

Una explicación más verosímil para dar cuenta de la presencia de compuestos secundarios se basa en el reconocimiento de que, de hecho, no son secundarios o periféricos. Una evidencia de ello es la de que los alcaloides, normalmente considerados secundarios, se encuentran en grandes cantidades en los tejidos que son más activos en el metabolismo global. Los alcaloides, incluyendo todos los alucinógenos de los que hablamos, no son productos finales inertes en las plantas en que se encuentran, sino que se hallan en un estado dinámico, fluctuando tanto en lo que hace referencia a su concentración como en su tasa de descomposición metabólica. El papel de estos alcaloides en la química del metabolismo demuestra que son esenciales para la vida y las estrategias de supervivencia del organismo, pero que actúan de formas que todavía no comprendemos.

Una posibilidad es que algunos de estos compuestos puedan ser exoferomonas. Las exoferomonas son mensajeros químicos que no actúan entre miembros de una sola especie, sino, por el contrario, a través de líneas de especies, de modo que un individuo influye en miembros de una especie distinta. Algunas exoferomonas actúan de un modo que permite a un pequeño grupo de individuos influir en una comunidad o un bioma completo.

La noción de la naturaleza como un todo organísmico y planetario que media y controla su propio desarrollo mediante la liberación de mensajeros químicos puede parecer algo radical. Nuestra herencia del siglo XIX es una naturaleza «con uñas y dientes», en la que un despia-

dado y ciego orden natural fomenta la supervivencia de aquellos capaces de asegurar la propia continuidad a expensas de los competidores. Los competidores, en esta teoría, representan al resto de la naturaleza. Pero la mayoría de los biólogos evolucionistas han mantenido desde hace tiempo que este clásico punto de vista darwiniano de la naturaleza es incompleto. Hoy se cree que la naturaleza, lejos de fomentar una guerra sin tregua entre las especies, es una danza diplomática sin fin; y la diplomacia es sin duda un asunto de lenguaje.

La naturaleza parece maximizar la cooperación mutua y la recíproca coordinación de metas. Ser indispensable al organismo con el que uno comparte un ambiente: ésta es la estrategia que asegura una prole y una supervivencia continua. Es una estrategia en la que la comunicación y la sensibilidad frente al procesamiento de las señales son lo más importante. Estamos hablando de destrezas lingüísticas.

La idea de que la naturaleza puede ser un organismo cuyos componentes interconectados actúan sobre (y comunican con) otro mediante la liberación de señales químicas en el ambiente sólo se empieza a estudiar en detalle hoy en día. La naturaleza, sin embargo, tiene tendencia a actuar con cierta economía; una vez desarrollada, una respuesta evolutiva dada a un problema se aplicará una y otra vez en las situaciones en que sea apropiada.

EL OTRO TRASCENDENTE

Si los alucinógenos funcionan como mensajeros químicos entre especies, entonces la dinámica de las relaciones estrechas entre los primates y las plantas alucinógenas es de información transferida de una especie a otra. Donde no se encuentran plantas alucinógenas, estas transferencias de información tienen lugar con gran lentitud, pero en presencia de alucinógenos una cultura se introduce rápidamente en una información, y de este modo se proyecta a cada vez más altos estados de autorreflexión. Llamo a esto el encuentro con el Otro Trascendente, pero se trata sólo de una etiqueta, no de una explicación.

Desde cierto punto de vista, el Otro Trascendente es la naturaleza correctamente percibida de estar vivo y ser inteligente. Desde otro, es la sorprendente y desacostumbrada unión de todos los sentidos con el recuerdo del pasado y la anticipación del futuro. El Otro Trascendente es lo que uno descubre en los poderosos alucinógenos. Es el crisol del misterio de nuestro ser, como especie y como individuos. El Otro Tras-

cedente es la naturaleza sin su tranquilizadora máscara de espacio, tiempo y causalidad ordinarios.

Por supuesto, imaginarse estos elevados estados de autorreflexión no es cosa fácil, puesto que cuando queremos hacerlo actuamos como si supusiéramos que el lenguaje de algún modo se adecuara a lo que está, en el presente, más allá del lenguaje, o es translingüístico. La psilocibina, el alucinógeno que se encuentra sólo en los hongos, es una herramienta efectiva en este caso. El principal efecto sinérgico de la psilocibina parece estar en definitiva en el dominio del lenguaje. Excita la vocalización; refuerza la articulación; transmuta el lenguaje en algo visible. Puede que tuviera un impacto en la repentina emergencia de la conciencia y el uso del lenguaje en los primitivos humanos. Literalmente, quizá nos hayamos comido nuestra senda a la conciencia superior. En este contexto es importante destacar que los mutágenos más potentes del medio natural se encuentran en los hongos y en los mantillos. Los hongos y los granos de cereal infectados por mantillos pueden haber tenido una influencia importante en las especies animales, incluyendo a los primates, que evolucionaban en las praderas.

CAPÍTULO

4

Plantas y primates: postales de la Edad de Piedra



Ifi tenía más veranos que la suma de los dedos de sus dos manos. Estaba cercano a la edad en la que se uniría a los cazadores. Este corto viaje desde la choza de los niños al fuego de los cazadores, cerca de la choza del hombre verdadero, era un gran paso. Había sido un largo viaje, no a través del espacio, sino a través del tiempo. Durante muchos años había emprendido un camino hacia este día: horas de práctica de arrojar palos endurecidos por el fuego, que habían servido al chico para simular las armas, así como las instrucciones constantes de Doknu sobre la marcha, sobre la lectura de signos en el agua y destinadas a hacerle consciente de los vientos. Y también el adiestramiento en la caza mágica. El chico reprimió el deseo de manosear el talismán que su madre había hecho para él y que ahora colgaba de su cuello. No se movió. Su mente parecía lejos de la escena, como si la observara desde arriba y un poco desde lejos. Había estado así durante más de doce horas. Inmóvil, sin pestañear. «Esto te proporcionará el don de la calma y ¡poder!» Recordó el sabor jabonoso de la áspera corteza de raíz que se le había obligado a tomar bajo la mirada vigilante de su maestro, Doknu. «Con esto te vuelves invisible, pequeño hermano» dijo, añadiendo con una voz serena: «Mata limpiamente. De este modo honrarás a nuestros

ancestros». Ifi podía sentir que el momento de su verdad estaba próximo. Bajo la influencia de la toгна, la planta con-el-poder-de-sentirse-en-calma, había sido llevado a este lugar solitario y se le había dicho que esperara cerca del cadáver fresco de una ceбра. Doknu, su padre, y sus tíos le habían deseado lo mejor, riendo, haciendo promesas y utilizando nuevas y desacostumbradas palabras para describir el modo en que las mujeres de la aldea lo recibirían si tenía éxito. Estas palabras lo habían excitado durante un tiempo, pero ahora estaba concentrado en su espera. La toгна había puesto las cosas maravillosamente fáciles al chico. Su cuerpo parecía inmune al cansancio y su mente vagaba, maravillada con las escenas de historias y experiencias, contadas junto a la hoguera, que nadaban en su cabeza. De repente, y sin mover un cabello, la mente de Ifi se puso totalmente alerta: se oían ruidos cercanos. ¡De nuevo! Desde los guijarros que había más allá de los tamariscos bajo los que aguardaba sonó un ruido seco.

Ifi no sintió miedo ni terror de lo que estaba a punto de ver. Se anticipó, sus músculos absorbieron fuerza del trémulo aire. No se movió. La leona era enorme y desconfiada, con el sigilo propio de todos los animales de la tierra de los grandes cazadores. Pensando que no era más que una piedra o un árbol, Ifi observó. La leona no era más grande que dos veces su cuerpo. Bajando su guardia se acercó a la sanguinolenta pierna de la ceбра. En este instante, desde el corazón de un núcleo de cientos de generaciones de profundidad, Ifi lanzó su arma limpiamente, ligeramente, a un lado de la columna y por detrás del hombro. El alarido, mezcla de dolor y rabia, rompía los tímpanos. Tan grande fue la fuerza del lanzamiento del hombre-niño que por un instante la leona quedó clavada en el suelo, el tiempo suficiente para que el muchacho se alejara de las garras del agonizante animal. Los estómagos del clan de Ifi se llenarían esta noche, y el círculo de cazadores admitiría un nuevo miembro en sus exuberantes y privilegiadas filas.

Este ejemplo aclara el modo en que una planta benéfica, en este caso un poderoso estimulante, una vez descubierto, puede incluirse en la dieta y por lo tanto conferir una ventaja adaptativa. Una planta puede otorgar fuerza y control, y de este modo asegurar el éxito en la caza y constantes provisiones de comida. La persona o el grupo está menos asustada de ciertos factores ambientales, que quizá limitarían previamente la longevidad y por tanto el crecimiento de la población en su conjunto. Más difícil de comprender es el modo en que las plantas alucinógenas

habrían proporcionado similares pero distintas ventajas adaptativas. Estos compuestos, por ejemplo, no catalizan el sistema inmunológico para elevados estados de actividad, aunque ello puede constituir un efecto secundario. Más bien catalizan la conciencia, esta peculiar habilidad de autorreflexión que alcanzó aparentemente su mayor expresión en los seres humanos. Por lo tanto, no *producen* la conciencia, que es una función generalizada presente, en algún grado, en toda forma de vida. La catálisis hace más rápido un proceso ya presente.

Uno difícilmente puede dudar de que la conciencia, como la habilidad de resistir a las enfermedades, confiere una ventaja adaptativa a cualquier individuo que la posea. En la búsqueda de un agente causal capaz de sinergizar la actividad cognitiva, y que por lo tanto tuviera importancia en la emergencia de los homínidos, los investigadores han apartado su mirada desde hace mucho de las plantas alucinógenas, aunque sólo sea por nuestro tenaz, casi compulsivo rechazo a la idea de que nuestra alta posición en la jerarquía de la naturaleza podría deberse al poder de las plantas o a fuerzas naturales, sean éstas del tipo que sean. Hasta el siglo XIX no hemos sido capaces de aceptar que el hombre descendía del mono; ahora tenemos que aceptar que se trataba de unos monos «colocados». El «colocarnos» parece haber sido nuestra característica particular.

LA SINGULARIDAD HUMANA

Tratar de entender a los seres humanos es tratar de entender su singularidad. La división radical entre los seres humanos y el resto de la naturaleza es tan sorprendente que para los pensadores precientíficos era una prueba suficiente de que éramos un fragmento privilegiado de la creación; algo distinto, algo cercano a Dios. Después de todo, los seres humanos hablan, fantasean, ríen, se enamoran, son capaces de grandes actos de autosacrificio o de crueldad; los seres humanos producen grandes obras de arte y establecen modelos matemáticos y teóricos de los fenómenos. Un ser humano se distingue por el número total de sustancias del ambiente que utiliza... y de las que se convierte en adicto.

LA COGNICIÓN HUMANA

Las características y preocupaciones singulares de los seres humanos

pueden colocarse bajo la sombra de las actividades cognitivas: la danza, la filosofía, la pintura, la poesía, el deporte, la meditación, las fantasías eróticas, la política, el éxtasis y la autointoxicación. Somos un verdadero *Homo sapiens*, el animal pensante; nuestros actos son el producto de una dimensión que sólo nos pertenece a nosotros: la dimensión de la actividad cognitiva. Del pensamiento y la emoción, del recuerdo y la anticipación. De la psique.

Al observar a las gentes que utilizan ayahuasca en el Alto Amazonas, se me hace patente que el chamanismo es a veces una forma intuitiva de toma de decisiones grupal guiada. Los chamanes deciden cuándo el grupo debe desplazarse, cazar o guerrear. La cognición humana es una respuesta adaptativa muy flexible por el modo en que permite organizar aquello que en otras especies constituye comportamientos genéticamente programados.

Somos los únicos que vivimos en un entorno que no sólo está condicionado por las imposiciones biológicas y físicas a las que están sujetas todas las especies, sino que también se somete a los símbolos y al lenguaje. Nuestro entorno humano está condicionado por el significado. Y el significado mora en la mente colectiva del grupo.

Los símbolos y el lenguaje nos permiten actuar en una dimensión que es «supranatural»; fuera de las actividades ordinarias de otras formas de vida orgánica. Podemos realizar nuestras suposiciones culturales, alterar y conformar el mundo natural en pos de fines ideológicos y según el modelo interno del mundo que los símbolos nos han dado poder para crear. Hacemos esto a través de la elaboración de cada vez más efectivos, y por tanto más destructivos, artefactos y tecnologías, que nos vemos compulsivamente obligados a utilizar.

Los símbolos nos permiten almacenar información fuera del cerebro físico. Ello crea para nosotros una relación con el pasado muy distinta de la de nuestros compañeros animales. Finalmente, hemos de añadir a cualquier análisis de la imagen humana la noción de modificación autodirigida de la actividad. Somos capaces de modificar nuestras pautas de comportamiento basándonos en un análisis simbólico de los acontecimientos pasados, en otras palabras, por medio de la historia. Mediante nuestra capacidad de almacenar y recuperar información en forma de imágenes y archivos escritos, hemos creado un entorno humano tan condicionado por los símbolos y los lenguajes como por factores biológicos y ambientales.

LA TRANSFORMACIÓN DE LOS MONOS

Los estallidos evolutivos que condujeron a la aparición del lenguaje y, posteriormente, a la escritura, son ejemplos de transformaciones fundamentales, casi ontológicas del linaje homínido. Además de proporcionarnos la habilidad de codificar datos más allá de los confines del ADN, las actividades cognitivas nos permiten transmitir información a través del espacio y el tiempo. En un principio esto sólo equivalía a la habilidad de establecer una señal de aviso o una orden, realmente poco más que una modificación del grito de alarma, que es un rasgo familiar del comportamiento de los animales sociales. En el curso de la historia de la humanidad, este impulso para comunicarse ha motivado la elaboración de técnicas cada vez más efectivas de comunicación. Pero en nuestro siglo, esta capacidad básica se ha transformado en una comunicación de masas que todo lo inunda y que literalmente sumerge el espacio que rodea a nuestro planeta. El planeta nada a través de un océano de mensajes autogenerado. Las llamadas telefónicas, el intercambio de datos y los espectáculos transmitidos electrónicamente crean un mundo invisible que se experimenta como simultaneidad informativa. No pensamos sobre ello; como cultura lo damos por hecho.

Nuestro singular y febril amor por la palabra y el símbolo nos ha otorgado una gnosis colectiva, una comprensión colectiva de nosotros mismos y de nuestro mundo que ha sobrevivido a través de la historia hasta tiempos muy recientes. Esta gnosis colectiva subyace en la fe de los primeros siglos en las «verdades universales» y los valores humanos compartidos. Las ideologías pueden contemplarse como entornos de significado definido. Son invisibles, pero nos rodean y determinan por nosotros, aunque no nos demos cuenta de ello, lo que debemos pensar sobre nosotros mismos y la realidad. En realidad, definen por nosotros lo que *podemos* pensar.

El ascenso de una cultura electrónica global simultánea ha acelerado mucho el ritmo al que cada uno de nosotros puede obtener la información necesaria para nuestra supervivencia. Esto y el aumento de la población humana en su conjunto ha llevado a una interrupción de nuestra evolución física como especie. Cuanto más aumenta la población, menos impacto tienen las mutaciones en la evolución de estas especies. Este hecho, junto con el desarrollo del chamanismo y, posteriormente, la medicina científica, nos ha hecho abandonar el teatro de la selección natural. En el ínterin, las bibliotecas y las bases de datos electrónicas han reemplazado a la mente humana individual como *hard-*

ware fundamental que proporcionaba almacenamiento para la base de datos culturales. Los símbolos y los lenguajes nos han desplazado paulatinamente del estilo de organización social que caracterizaba el mudo nomadismo de nuestros remotos ancestros y ha reemplazado este modelo arcaico por las más amplias y complejas organizaciones sociales características de una sociedad planetaria electrónica unificada. Como resultado de estos cambios, nosotros mismos nos hemos convertido en ampliamente epigenéticos; lo que quiere decir que la mayor parte de lo que nos caracteriza como humanos ya no está en nuestros genes, sino en nuestra cultura.

LA EMERGENCIA PREHISTÓRICA DE LA IMAGINACIÓN HUMANA

Nuestra capacidad para la actividad lingüística y cognitiva está relacionada con el tamaño y la organización del cerebro humano. Las estructuras neuronales relacionadas con la conceptualización, la visualización, el significado y la asociación están muy desarrolladas en nuestras especies. Mediante el acto de hablar gráficamente, entablamos un flirteo con el dominio de la imaginación. La habilidad para asociar sonidos, o los pequeños ruidos vocales que conforman el lenguaje, con imágenes internas significativas, es una actividad sinestésica. Las áreas del cerebro humano que han evolucionado más recientemente, el área de Broca y el neocórtex, se han dedicado al control del procesamiento de los símbolos y del lenguaje.

La conclusión que surge generalmente de estos hechos es la de que las áreas neurolingüísticas altamente organizadas de nuestro cerebro han hecho posible la cultura y el lenguaje. Cuando lo que se considera son los escenarios de la emergencia y organización social humanas, se plantea el siguiente problema: sabemos que nuestras capacidades lingüísticas deben haber evolucionado en respuesta a presiones evolutivas muy grandes, pero no sabemos cuáles han sido éstas.

Cuando estaba presente el uso de plantas psicoactivas, el sistema nervioso homínido, a lo largo de muchos milenios, debió de verse inundado por reinos alucinógenos de extraña e insólita belleza. Sin embargo, la necesidad evolutiva canaliza la conciencia del organismo en un estrecho callejón sin salida en el que la realidad ordinaria se percibe a través de la válvula reductora de los sentidos. Si no fuera de este modo, estaríamos escasamente adaptados para los vaivenes de la existencia inmediata. Como criaturas con cuerpos animales, somos conscientes de que

estamos sometidos a una amplia gama de intereses que no podemos ignorar si no es con mucho peligro. Como seres humanos también somos conscientes de un mundo interior, más allá de las urgencias del cuerpo animal, pero la necesidad evolutiva ha situado este mundo lejos de la conciencia ordinaria.

PAUTAS Y COMPRESIÓN

La conciencia ha sido denominada consciencia de la conciencia¹ y se caracteriza por nuevas asociaciones y conexiones entre los distintos datos de la experiencia. La conciencia es como una superrespuesta inmunológica no específica. La clave del funcionamiento del sistema inmunológico es la capacidad de un compuesto químico para reconocer a (tener una relación del tipo llave-cerradura con) otro. Por tanto, ambos, el sistema inmunológico y la conciencia, representan sistemas que aprenden, reconocen y recuerdan.²

Mientras escribo esto pienso en lo que decía Alfred North Whitehead sobre el entendimiento, que consiste en *apercibir la pauta tal cual es*. Ello es también una definición perfectamente aceptable de la conciencia. El ser consciente de una pauta comunica el sentimiento que acompaña la comprensión. Posiblemente no haya límite a la cantidad de conciencia que podamos adquirir como especie, puesto que el entendimiento no es un proyecto finito con una conclusión imaginable, sino una actitud hacia la experiencia inmediata. Ello parece autoevidente desde una visión del mundo que ve la conciencia como análoga a una fuente de luz. Cuanto más fuerte es la luz, más grande es la superficie oscura que se desvela. La conciencia es la integración, de instante en instante, de la percepción individual del mundo. La presteza, o casi podríamos decir la elegancia, con que un individuo lleva a cabo esta integración determina la respuesta adaptativa particular de este individuo a la existencia.

Somos dueños no sólo de la actividad cognitiva individual, sino también, cuando actuamos juntos, de la actividad cognitiva del grupo. La

1. Herbert V. Guenther, *Tibetan Buddhism without Mystification* (Leiden, Netherlands: E. J. Brill, 1986), pág. 66.

2. Francisco J. Varela y A. Coutinho: «The Body Thinks: How and Why the Immune System Is Cognitive», en *The Reality Club*, ed. John Brockman, vol. 2 (Nueva York: Phoenix Press, 1988).

actividad cognitiva en el seno del grupo significa normalmente la elaboración y manipulación de los símbolos y del lenguaje. Aunque ello sucede en muchas especies, en las especies humanas es algo especialmente bien desarrollado. Nuestro gran poder de manipular los símbolos y el lenguaje nos otorga nuestra posición única en el mundo natural. El poder de nuestra magia y nuestra ciencia surge de nuestro compromiso con la actividad mental del grupo: el hecho de compartir los símbolos, la extensión y distribución de las ideas, y la narración de cuentos.

La idea, expresada antes, de que la conciencia ordinaria es el producto final de un proceso de amplia comprensión y filtración, y de que la experiencia psicodélica es la antítesis de esta construcción, fue señalada por Aldous Huxley, quien contrastó esto con la experiencia psicodélica. Al analizar sus experiencias con mescalina, Huxley escribió:

Estoy de acuerdo con el eminente filósofo de Cambridge, doctor C. D. Broad, en «que haríamos bien en considerar la sugestión de que la función del cerebro, sistema nervioso y órganos de los sentidos, es principalmente *eliminativa* y no productiva». La función del cerebro y el sistema nervioso es la de protegernos de vernos superados y confundidos por esta masa de amplio, inútil e irrelevante conocimiento, al dejar fuera la mayoría de lo que de otro modo percibiríamos o recordaríamos en todo momento, y permitir únicamente esta pequeña y particular selección que es útil para usos prácticos. Según esta teoría, cada uno de nosotros es potencialmente una Mente en Libertad. Pero en la medida en que somos animales, nuestra tarea es sobrevivir a cualquier precio. Para hacer posible la supervivencia biológica, la Mente en Libertad ha de canalizarse a través de la válvula reductora del cerebro y del sistema nervioso. Lo que sale por el otro extremo es un mezquino chorrito del tipo de conciencia que nos ayuda a seguir vivos en la superficie de este planeta. Para formular y expresar los contenidos de esta conciencia reducida, el hombre ha inventado y elaborado sin tregua estos sistemas simbólicos y filosofías implícitas que llamamos lenguajes. Cada individuo es de inmediato el beneficiario y la víctima de la tradición lingüística en la que ha nacido. Lo que, en el lenguaje de la religión, se denomina «este mundo» es el universo de conciencia reducida, expresado, y como tal, petrificado por el lenguaje. Los distintos «otros mundos» con los que los seres humanos erráticamente comunican son muchos elementos en la totalidad de la conciencia que pertenecen a la Mente en Libertad... Transitoriamente se pueden encontrar atajos hacia ellos, ya sea de un modo espontáneo, como resultado de «ejercicios espirituales» deliberados... o mediante las drogas.³

3. Aldous Huxley, *The Doors of Perception* (Nueva York: Harper, 1954), pág. 22.

Lo que Huxley no menciona es que las drogas, concretamente las plantas alucinógenas, pueden abrir con seguridad y repetidamente las permeables puertas de la válvula reductora de la conciencia y exponer al individuo a toda la fuerza del rugiente Tao. El modo en que interiorizamos el impacto de esta experiencia de lo inexpresable, ya lo experimentemos mediante los psicodélicos o por otros medios, consiste en generalizar y extrapolar nuestra visión del mundo a través de actos de la imaginación. Estos actos de la imaginación representan nuestra respuesta adaptativa a la información que hace referencia al mundo externo, que nos es comunicada por medio de nuestros sentidos. En nuestras especies, el *software* sintáctico de lo específico de la cultura, de lo específico de la situación, en forma de lenguaje, puede competir con, y en ocasiones reemplazar, el mundo instintivo del comportamiento animal. Lo que significa que podemos aprender y comunicar experiencias y de este modo eliminar los comportamientos mal adaptados. Podemos reconocer colectivamente las virtudes de la paz en contra de la guerra, o de la cooperación en contra de la lucha. Podemos cambiar.

Como hemos visto, el lenguaje humano puede que surgiera cuando el potencial organizativo de los primates fue sinergizado por las plantas alucinógenas. La experiencia psicodélica nos inspiró en primer lugar un pensamiento verdaderamente autorreflexivo y después nos inspiró para comunicar nuestros pensamientos acerca de éste.

Otras personas han experimentado la importancia de las alucinaciones como catálisis de la organización psíquica humana. La teoría de Julian Jaynes, presentada en su controvertido libro *The Origin of Consciousness in the Breakdown of the Bicameral Mind*,⁴ señala que los cambios mayores en la autodefinición humana pueden producirse incluso en tiempos históricos. Propone que en tiempos de Homero la gente no tenía el tipo de organización psíquica interna que damos por hecho. Por lo tanto, lo que llamamos ego, para la gente de la época de Homero era un «dios». Cuando el peligro se presentaba de imprevisto, la voz de Dios se oía en las mentes de los individuos; una función psíquica ajena e intrusa se expresaba como una suerte de metaprograma destinado a la supervivencia al que se acudía en momentos de gran estrés. Esta función psíquica era percibida por aquellos que la experimentaban como la voz directa de Dios, del rey, o del rey de la vida futura. Los mercaderes y comerciantes que pasaban de una sociedad a otra trans-

4. Julian Jaynes, *The Origin of Consciousness in the Breakdown of the Bicameral Mind* (Boston: Houghton Mifflin, 1977).

portaban la mala noticia de que los dioses decían distintas cosas en distintos lugares, estableciendo de este modo la primera sombra de duda. En algún momento la gente integró su función autónoma previa y cada persona se *convirtió* en ese «dios» y reinterpretó la voz interior como el «sí mismo» o, como más tarde lo llamaron, el «ego».

La teoría de Jaynes ha sido ampliamente rechazada. Desafortunadamente, su libro sobre el impacto de las alucinaciones en la cultura consigue eludir casi por completo, a lo largo de 467 páginas, la discusión sobre las plantas alucinógenas o las drogas. Mediante esta omisión, Jaynes se priva de un mecanismo que podría seguramente conducirle al tipo de cambios transformativos que según él tienen lugar en la evolución de la conciencia humana.

CATALIZANDO LA CONCIENCIA

El impacto de los alucinógenos en la dieta ha sido algo más que psicológico; las plantas alucinógenas pueden haber sido la catálisis para todo aquello que nos distingue de otros primates superiores, para todas las funciones mentales que asociamos con la humanidad. Nuestra sociedad, en mayor medida que otras, encontrará esta teoría difícil de aceptar, porque hemos hecho del éxtasis obtenido por medios farmacológicos un tabú. Al igual que la sexualidad, los estados alterados de conciencia son un tabú debido a que consciente o inconscientemente se experimentan entrelazados con los misterios de nuestro origen: de dónde venimos y cómo llegamos a ser como somos. Estas experiencias disuelven las fronteras y amenazan el orden del patriarcado reinante y de la dominación de la sociedad por la expresión carente de reflexión del ego. Consideremos cómo las plantas alucinógenas pudieron haber catalizado el uso del lenguaje, la más singular de las actividades humanas.

Uno tiene, en estado alucinógeno, la impresión incontrovertible de que el lenguaje posee una dimensión objetiva y visible, que normalmente está oculta a nuestra conciencia. El lenguaje, en estas condiciones, es visto, contemplado, del modo en que ordinariamente vemos nuestras casas y entornos normales. De hecho, nuestro entorno cultural se reconoce correctamente, durante la experiencia del estado alterado, como zumbido de fondo en la tarea lingüística de objetivar la imaginación. Dicho de otro modo, el entorno cultural colectivamente designado en el que vivimos es la objetivación de nuestro propósito lingüístico colectivo.

Nuestra capacidad formativa de lenguaje puede haberse activado a través de la influencia mutagénica de los alucinógenos trabajando directamente en órganos que están implicados en el procesamiento y la generación de señales. Estos órganos se hallan en estructuras del cerebro, como el área de Broca, que gobiernan la información hablada. Dicho de otra forma, abrir la válvula que limita la conciencia fuerza al pronunciamiento, casi como si el mundo fuera una concreción del significado previamente experimentado pero que permaneciera inarticulado. Este impulso activo hacia el lenguaje, este «ir hacia la palabra» se experimenta y describe en la cosmogonía de muchos pueblos.

La psilocibina, concretamente, activa las áreas del cerebro implicadas en el procesamiento de las señales. Algo típico de la intoxicación con psilocibina es el flujo espontáneo de poesía y otras actividades vocales, como hablar idiomas, aunque de un modo diferente al de la glosolalia ordinaria. En las culturas con una tradición de uso de hongos, estos fenómenos han dado pie a la noción del discurso con espíritus y aliados sobrenaturales. Los investigadores familiarizados con el tema están de acuerdo en que la psilocibina tiene un efecto profundamente catalítico en el impulso lingüístico.

Una vez que las actividades que implican la autoexpresión sintáctica se convirtieron en hábitos establecidos entre los primeros humanos, la continua evolución del lenguaje en entornos en los que los hongos eran escasos o no existían permitió una tendencia hacia la expresión y emergencia del ego. Si el ego no se disuelve repetida y regularmente en el hiperespacio sin fronteras del Otro Trascendente, habrá siempre un lento alejamiento del sentido de un ser que forma parte de la naturaleza en su conjunto. La consecuencia definitiva de este alejamiento es el fatal hastío que impregna hoy la civilización occidental.

La conexión entre los hongos y el lenguaje fue anticipada brillantemente por Henry Munn en su ensayo *Los hongos del lenguaje*:

El lenguaje es una actividad extática del significado. Intoxicadas por los hongos, la fluidez, la facilidad, la idoneidad de la expresión, hacen que uno sea capaz de asombrarse con las palabras que surgen del contacto de la intención de articulación con la sustancia de la experiencia. La espontaneidad que liberan los hongos no es únicamente de naturaleza perceptual, sino lingüística. Para el chamán es como si la existencia se pronunciara a través de él.⁵

5. Henry Munn, «The Mushrooms of Language», en Michael J. Harner, comp., *Shamanism and Hallucinogens* (Londres, Oxford University Press, 1973), pág. 88.

LA CARNE SE HIZO VERBO

Las ventajas evolutivas del uso de la palabra son a la vez obvias y sutiles. Muchos factores inusitados convergen en el momento del nacimiento del lenguaje humano. Evidentemente, el habla facilita la comunicación y la actividad cognitiva, pero también tiene efectos imprevistos en la empresa global humana.

Algunos neurofisiólogos han planteado la hipótesis de que la vibración vocal asociada con el uso humano del lenguaje produce una suerte de limpieza del fluido cerebroespinal. Se ha observado que las vibraciones pueden precipitar y concentrar pequeñas moléculas en el fluido espinal, que bañan y purifican continuamente el cerebro. Nuestros ancestros pueden haber descubierto, consciente o inconscientemente, que el sonido vocal limpiaba las telarañas de sus cabezas. Esta práctica puede haber influido en la evolución de nuestra estructura actual de cráneo pequeño y facilidad para el lenguaje. Un proceso autorregulado tan sencillo como cantar puede que tuviera ventajas adaptativas positivas si también produjo la renovación de los desperdicios químicos de un modo más efectivo. El siguiente párrafo sostiene esta provocativa idea:

Vibraciones del cráneo humano, como las producidas por una vocalización fuerte, ejercen un efecto de masaje en el cerebro y facilitan la eliminación de productos metabólicos del cerebro en el fluido cerebroespinal (FCE)... Los hombres de Neandertal tenían un cerebro un 15% mayor del que tenemos nosotros, pero no sobrevivieron en competencia con los humanos modernos. Sus cerebros estaban más polucionados, puesto que sus imponentes cráneos no vibraban y por lo tanto los cerebros no se limpiaban lo suficiente. En la evolución de los humanos modernos el adelgazamiento de los huesos craneales fue de gran importancia.⁶

Como ya hemos dicho, los homínidos y las plantas alucinógenas debieron estar en asociación estrecha durante un largo período de tiempo, particularmente si pretendemos sugerir que los cambios físicos actuales en el genoma humano fueron el resultado de dicha asociación. La estructura del paladar blando del infante humano y el ritmo en que aquél desciende es una adaptación reciente que facilita la adquisición del lenguaje. Este cambio puede haber sido el resultado de una presión selectiva en la mutación, producida originariamente por la nueva dieta omnívora.

6. K. F. Jindrak y H. Jindrak, «Mechanical Effect of Vocalization of Human Brain and Meninges», *Medical Hypotheses* 25 (1988), págs. 17-20.

«Brillante, provocativo, contumaz, poético y esclarecedor.
He aquí una voz auténticamente profética que nos
devuelve a nuestro estado original. Lectura imprescindible
para todos aquellos que se preguntan por qué la gente
consume drogas.»

RUPERT SHELDRAKE,
autor de *Una nueva ciencia de la vida*
y *La presencia del pasado*

«Todos somos adictos y estamos enganchados a algo, desde
la nicotina, el azúcar, la cafeína y el alcohol, hasta la
televisión, el ruido o la moda del momento. Ésta es la
causa por la que este libro nos irrita. No se trata de una
apología del *crack*, sino de una propuesta elocuente para
recuperar, antes de que sea tarde, algo muy vital: un
sentido de lo sagrado, lo trascendente y lo absoluto.
Ya sientas curiosidad por las drogas o las utilices,
El manjar de los dioses se convertirá para ti en una
verdadera fiesta.»

LARRY DOSSEY,
autor de *Tiempo, espacio*
y *medicina*

«Terence McKenna es el más importante —y el más
ameno— de los eruditos visionarios de América. Estar
desinformado sobre estos descubrimientos etnobotánicos
supone comportarse inconscientemente ante la verdad
fundamental de la conciencia humana, que no es
sobrevivir a base de estiércol de escarabajo, sino volar
a la misma altura que los dioses.»

TOM ROBBINS,
autor de *La danza de los siete velos*

ISBN 84-7509-967-X



PAIDÓS
CONTEXTOS